

A dramatic sunset over a field of red poppies. The sun is low on the horizon, creating a golden glow and long shadows. Several birds are seen flying in the sky. The overall mood is contemplative and serene.

MUERTE

ES



VIDA

ZILDA GIUNCHETTI ROSIN

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

ZILDA GIUNCHETTI ROSIN

MUERTE

ES

VIDA

1ª EDICIÓN

Traducida del portugués,
por Rafael González Molina

EDITADO POR LA
EDITORIA ESPIRITA ESPAÑOLA

Versión digital revisada

POR LA
FEDERACIÓN ESPÍRITA ESPAÑOLA

En este libro el lector encontrará dos mensajes de Drausio, hijo de la autora, psicografiados Por Francisco Cândido Xavier, que constituyen dos pruebas más, irrefutables de la inmortalidad.

Dedico
a todos los hermanos que con sus oraciones me auxiliaron a soportar esta prueba
y al hermano y gran amigo Francisco Cândido Xavier.

ORACION

*Señor Jesús, que un día dijiste «yo soy la luz del mundo»,
ilumina nuestra visión para que vengamos a conocer
el camino en el que podamos atender a tu voluntad.*

*Permite, oh Maestro, que tus mensajeros nos asistan e inspiren,
y sostéñanos el espíritu para que seamos dignos de tu confianza.
Así sea.*

*Oración psicografiada por Francisco Cándido Xavier, extraído del libro Evangelio en Casa,
por el espíritu de «Meimei».*

Cuando en septiembre de 1977 entré en contacto con doña Zilda Giunchetti Rosin, al anunciarme por carta su deseo de pronunciar dos conferencias en Madrid, yo ya conocía su obra como escritora y también tenía constancia de su actuación como espiritista activa y viajera no sólo en Brasil, sino en los países latinoamericanos y ahora Europa. No hubo inconvenientes, se realizaron las dos Conferencias en Madrid, donde se vendieron, a los asistentes al acto, varios ejemplares en castellano de **Pérdida de seres queridos**. Tuve la satisfacción de recibir de manos de doña Zilda, los ejemplares de sus otros tres libros editados en portugués. Entonces prometí a la estimada señora hacer la traducción al castellano de **Muerte es Vida**.

He respetado, en todo cuanto he podido, el estilo sencillo y suave de la autora; ella misma dice «que escribe en el mismo lenguaje con que la fue posible hacerlo en aquellos días tan dolorosas».

Confiamos, la autora y yo, en que este libro, al ser leído, pueda levantar el ánimo hacia horizontes de esperanza a aquellos que tengan lacerado el corazón por el dolor acuciante de **pérdida de seres queridos**.

R. G. M.

Madrid, noviembre de 1978.

I PARTE

MUERTE ES VIDA

Para afirmar que «Muerte es Vida», es preciso que se tenga plena convicción en esa verdad. Sabemos nosotros, los espiritualistas, que somos constituidos de cuerpo y alma.

Aprendemos desde niños que extinguido el cuerpo, por el fenómeno de la Muerte, el alma sobrevive. Cómo será esa Vida y para dónde el alma irá, constituye un punto de interrogación para la mayoría.

Arraigados como estamos a los problemas del cada día, no encontramos tiempo suficiente ni disposición para estudiar y pensar sobre el asunto, como si se tratase de algo de menor importancia.

Encontramos más cómodo apoyarnos en las lecciones aprendidas en la infancia o en los credos que heredamos de nuestros antepasados.

Usamos la inteligencia que tenemos para discernir y esclarecer todo lo que se relaciona con la Vida material, tornándonos a veces eruditos, científicos, sabios y no nos interesamos por el mayor de los problemas del ser humano.

«La Muerte.»

La única cosa que tenemos la seguridad de que nos acontecerá, por más que tratemos de impedirlo.

Y nosotros, aunque espiritualistas, por displicencia o por miedo, nos burlamos, procurando olvidar el grave problema de la Muerte.

Apegándonos, cada vez más, a la vida material, a los placeres y ambiciones que ella proporciona, nos sentimos sedientos de poder y de gloria, como si viviésemos apenas este puñado de años que pasamos en la Tierra.

Sin embargo, desde la infancia, ya nos fue dicho que: «extinguido el cuerpo, el alma sobrevive.» Siendo así, nuestra Vida es ¡eterna!

A pesar de esa certeza, no procuramos saber lo que realmente acontecerá con nosotros cuando pasemos al otro lado de la Vida.

Cuántas criaturas hay, plenas de inteligencia, y que llegaron a la cúspide de la sabiduría en la Tierra y, no en tanto, al recibir la visita de la Muerte, se comportan cual niños temerosos, por falta de esclarecimiento del fenómeno.

Leyendo este libro, lector amigo, usted, obtendrá, la certeza de que «Muerte es Vida». De que al dejar el cuerpo en la Tierra, el alma o espíritu, como quieran llamarlo, estará más vivo que nunca, con todos los caracteres que forman su personalidad cuando encarnado. Usted percibirá también que morir es regresar a nuestra verdadera Patria -la Patria Espiritual.

No se trata de una teoría sobre el asunto, sino de un problema vivido.

Es la historia de una madre que, protegida por la Misericordia Divina, viene acompañando la evolución de sus hijos en la Vida Allende-Sepultura.

Lado a lado con ellos, a pesar de estar todavía encarnada en la Tierra, siente sus problemas, sus alegrías y tristezas. Gracias a eso encontró fuerzas para soportar esa tan grande prueba materna.

Es tan real lo que se pasa con ella que tiene autoridad para afirmar categóricamente: «¡Muerte es Vida!».

CARTA AL LECTOR

Voy a tratar de responder, por medio de este libro, a las innumerables cartas, llamadas telefónicas y a las visitas que vengo recibiendo tras la publicación de **Pérdida de Seres Queridos**.

Todos los lectores se muestran interesados por saber acerca de la situación de mis hijos en el espacio.

Otros indagan de cómo adquirí tanta Fe.

Hay también los que me piden que les cuente de qué manera es que salgo de mi cuerpo, cómo es la mediumnidad de desprendimiento.

Tantas y tantas preguntas me hacen que demuestran claramente el corazón afectuoso y amigo que el lector posee, interesándose sobremanera por mi dolorosa historia.

Antes de conversar con usted que ya me conoce, deseo dirigirme al lector que, por la primera vez, irá a leer algo que escribo.

A usted, lector amigo, que me va a conceder el honor de leer este libro y que no conoce **Pérdida de Seres Queridos** es a quien deseo escribir, en primer lugar, para que entienda bien lo que aquí voy a relatar.

Muerte es Vida trata de las comunicaciones que continúo a tener con mis dos únicos hijos que desencarnaron en un desastre automovilístico, y con los cuales entré en contacto tres días después de su pasaje, agraciada que fui por la Misericordia Divina.

Esas primeras comunicaciones, bien como el histórico de lo ocurrido y el porqué de yo haber aceptado ese pasaje como siendo la «hora llegada», fueron relatados en **Pérdida de Seres Queridos**.

No lo hago nuevamente, para no abusar de la paciencia y buena voluntad del lector que ya conoce mi dolorosa prueba materna.

Con todo, es preciso que yo les presente ligeramente los personajes de esta gran prueba.

Eran cuatro estudiantes del Colegio Mackenzie, de la capital de San Pablo: Drausio, Diógenes, Ademar y Carlitos.

Drausio y Diógenes fueron mis adorados hijos. Ambos hijos ejemplares, estudiantes eximios y criaturas queridas por todos los que les conocieron. Y como sabemos que «la cosecha es según la siembra», si ellos fueron tan queridos es porque sembraron mucho amor. Luego no es necesario mayores elogios.

Drausio contaba 23 años y ya era casi ingeniero. Faltaban apenas cuatro meses para diplomarse, estaba prometido. Se casaría así que concluyese el curso de ingeniería.

Diógenes estaba entonces con 16 años y ya cursaba el segundo año científico. También como el hermano, era un alumno ejemplar, aunque no le gustase estudiar.

Carlitos, muchacho responsable, contaba 27 años. Era casado y tenía dos hijos. Era él quien estaba en la dirección del automóvil.

Ademar tenía también 16 años. Era un joven, muy bueno y por eso yo le llamaba el Misionero. Desencarnaron los cuatro juntos el día 5 de junio de 1966.

No es preciso que yo les hable de mi dolor, porque el lector bien que podrá valorar la situación de una madre que perdió, de una sola vez, los dos únicos hijos en la Tierra. Ellos no eran apenas mis hijos, más también mis mayores amigos y consejeros.

Sin embargo, al ser alcanzada por semejante prueba, no pensé en mí.

Ni siquiera por un instante imaginé la desolación y el desmoronamiento de mi vida terrena. Solamente pedía fuerzas a Dios para ayudarles. Que un espíritu de Luz me sustituyese junto a ellos.

Conocedora que soy de la Doctrina Espirita, la cual ya estudiaba y practicaba hacía más de veinte años, sabía de la dolorosa situación en que se encontraban por haber partido tan bruscamente.

Así es que oraba día y noche para ayudarles. Pensando en auxiliar a mis hijos, fui siendo auxiliada.

Dios me concedió la gracia de salir del cuerpo y partir en busca de ellos, procurando esclarecerles sobre lo que había acontecido. Pedía que un espíritu les auxiliase y me vinieron a buscar para que yo les auxiliase y confortase.

Tres días después, volví a ver a mi Diógenes, que por señal aún no sabía, que había desencarnado. Gracias a la irradiación constante de las oraciones, pasados dos días le reencontré ya recogido en el «Hospital Espiritual».

El séptimo día fui a visitar la «Morada de los que mueren pronto».

Allí volví a ver a los cuatro. Esa visita fue confirmada en el primer mensaje que mi hijo Drausio nos envió por medio de Francisco Cândido Xavier, cuando hacía tres meses y medio que había desencarnado. Ella es tan importante que voy a publicarla nuevamente.

Ese mensaje también confirma mi ida al «Hospital Espiritual».

Al día siguiente de visitar la «Morada de los que mueren pronto» me encontré por primera vez con Drausio. A pesar de no poder conversar, debido a la emoción, él, ya sabía de lo ocurrido. Demostró ser un espíritu esclarecido, desde las primeras comunicaciones. Con apenas dos meses y diez días de desencarnado, ya lo vi volitando.

Así, arropada por la Bondad Divina, fui siguiendo la renovación de ellos en la Vida Espiritual, hasta que Drausio comenzó a trabajar y Diógenes entró a la «Escuela Espiritual». Eso es lo que consta en la primera edición de **Pérdida de Seres Queridos**.

En esa edición, Diógenes encaró el problema siempre con alegría. Al salir la segunda edición, el lector debe haber notado la mudanza operada en mi hijo.

Casi dos años después de su desencarnación, es que él se reencontró a sí mismo.

El que era un muchacho de un metro ochenta y tres centímetros, en el espacio me aparecía como un niño de doce años. Viéndose tan pequeño, encontró falta de su físico de hombre. Sufrió mucho, sufrí con él.

Gracias a Dios, a los Amigos de la Vida Mayor, a la cooperación de Francisco Cândido Xavier y otros cofrades que oraron conmigo, él se recuperó. Hoy es un trabajador más en la Obra del Señor.

Como pueden ver, estoy acompañando la renovación de mis hijos en la «Vida Espiritual» y ganando fuerzas, gracias al Padre Celestial, no sólo para soportar mi prueba, mas también para ayudar a otros hermanos que fueron alcanzados por el mismo dolor.

Como esas comunicaciones continúan y se tornan cada vez más valiosas, a medida que ellos mejoran y yo me controlo, resolví publicarlas. Satisfago, así, a los numerosos pedidos de lectores que desean conocer la situación de ellos en el espacio.

Es también una oportunidad más que me surge para practicar la caridad en nombre de ellos. Pues **Muerte es Vida** será en beneficio de los hermanos afortunados, como lo fue **Pérdida de Seres Queridos**.

Ahora me dirijo a usted, lector, que ya es mi gran amigo. Que me ayudó muchísimo a practicar la caridad, adquiriendo el primer libro de esta serie y que me animó a este nuevo lanzamiento.

Procuraré, en esta primera parte, responder a sus preguntas, en la medida de mi alcance. En la segunda parte, usted tomará conocimiento de los encuentros maravillosos que vengo teniendo con mis hijos y que prueban bien la Bondad de Dios en relación a nosotros, espíritus en falta por muchas eras.

LA AUTORA

MI FE

Sabemos que la fe no se prescribe y no se impone; con todo, podemos adquirirla.

Es necesario que tengamos la humildad suficiente para reconocer la incapacidad del hombre ante las obras de la naturaleza.

Todo nos habla de él, ¡el Arquitecto Divino!

¿Qué manos serían capaces de construir los planetas, los cometas, las estrellas, los océanos, las plantas y todo lo demás que nos rodea?

Todo encadenado en la más perfecta armonía, con sus rítmicos movimientos. Amanece y anochece siempre a la misma hora.

El sol a darnos luz y calor.

La luna que comienza a ser explorada por el hombre, siempre con sus mismos movimientos y sin salirse de su misma órbita.

Observando, por tanto, desde los mayores astros, hasta el más ínfimo verme, sentimos y admiramos la Obra de la Creación.

Entonces, si fuimos creados, si todo fue creado, hubo alguien responsable por eso.

Dicen algunos científicos que las partículas del Universo se fueron juntando y formaron toda esta maravilla.

Si fue así, no tenemos la seguridad, pero aún, encarando de ese modo científico, como en **El Génesis** de Allan Kardec, somos llevados a admitir que hubo alguien que creó esas partículas. Por más que queramos huir, no escaparemos al Arquitecto Divino.

Y como si no bastase la observación de nuestro entorno, tenemos la influencia de esa «Fuerza Suprema» a gobernar nuestros actos.

¿Qué hombre podrá librarse de las pruebas de la Tierra?
¿Será, por acaso, que estoy viviendo este doloroso problema?
Sentimos en todo nuestra incapacidad ante el Creador.
Por eso mismo dice el refrán: «El hombre propone y Dios dispone».

Si razonamos, llegaremos a la conclusión de que existe una «Fuerza Suprema», que es Dios. Pero, admitir que existe Dios no es suficiente, porque ya nos dijo Tiago: «Crees que hay un solo Dios y haces bien, mas los demonios también lo creen y estremecen».

Es preciso, pues, que aprendamos a hacer uso de nuestra fe colocando a Dios por encima de todo.

Seamos humildes ante Su Voluntad, comprendiendo cuando el dolor nos alcance que él, es la reacción de nuestros propios actos del pasado.

No hay efecto sin causa.

Si Él nos creó, como a todas las otras cosas, es claro que espera por nuestra perfección y nos ayuda a eso.

Es en Él que encontramos el auxilio para todas las horas de nuestra aflicción.

Pero, precisamos saber hacer uso de nuestra fe.

No transformemos la creencia en carta de recomendación, según nos dice Emmanuel, en uno de sus mensajes psicografiados por Francisco Cândido Xavier. Y, en vez de limitarnos exclusivamente a pedir protección, procuremos proteger a los que son más débiles, a los que son menos felices. Olvidémonos de nosotros mismos para pensar en el prójimo. Y, como recompensa, tendremos la ley de la reacción a nuestro favor.

Procurando sentir los problemas de los otros, veremos que no sufrimos solos. Quien sabe si no llegaremos a la conclusión de que somos demasiado felices, en relación a nuestros hermanos sufridores.

Pero, para eso, es preciso que aprendamos a mirar, fríamente, dentro de nosotros mismos, escrutando los defectos que poseemos, aplastando en nosotros ese enemigoferoz que es el orgullo y que hace con que valoricemos en demasía nuestra propia persona.

Si conseguimos ese milagro, llegaremos a admitir que somos muy mezquinos ante la Bondad Infinita del Padre Celestial, siempre Pródigo en Misericordia hacia sus hijos.

Que sea yo, una vez más, quien les sirva de ejemplo.

Pobre pecadora, debedora de muchas encarnaciones, pues si así no fuese, no estaría pasando por semejante prueba, y es que así mismo indigna, soy agraciada por la Misericordia Divina, entrando en contacto con mis hijos, visitando «Moradas Espirituales» y otras maravillas que me hacen caer de rodillas por todo cuanto recibo.

¿Qué habré hecho yo para merecer tanto?

Apenas reconocí mi insignificancia ante Aquél a quien todo debemos. Apenas conseguí poner mi amor a Dios por encima de todo, hasta de mis propios hijos.

Y hoy, la humilde y pequeña criatura de ayer, se ve premiada con tantas bendiciones. Vea, lector, a lo que nos lleva la fe viva e inabalable. Cuando el espíritu sobrepuja la materia, los dolores terrestres se amenizan y casi dejamos de sufrir.

Pero, para llegar a esa fe, es necesario que la razón la acepte.

Y, la única fe que es apoyada en la razón es la que la Doctrina Espírita nos da con la certeza en la inmortalidad.

Los espíritus están ahí, manifestándose por todas partes, probando que la vida continúa, que sufrimos por nuestros errores aun mismo después del pasaje. Ellos nos concitan a la reforma

íntima para nuestro propio bien. Para que no continuemos en permanente rescate. Para que merezcamos gozar de las «Moradas de la Luz», donde no existen dolor, envidia, orgullo, egoísmo y otras tantas llagas que se constituyen en verdaderos cánceres de la humanidad.

Estudiemos la Doctrina Espírita para tener la facilidad de entrar en contacto con el mundo invisible, aprendiendo a creer, sabiendo porque creemos.

Como ve, amigo la fe mía se tornó así inabalable tras yo estudiar el Espiritismo. Después de las numerosas pruebas que obtuve al comunicarme con los espíritus.

No quiero decir que no tenía fe antes de eso. Antes, por el contrario, pienso que ya nací con ella.

Desde muy pequeña amé a Dios.

Sabía que el Padre Celestial escuchaba las oraciones que yo hacía con mi corazón puro.

Antes de ir al colegio, besaba cuarenta estampitas o figuritas de santos. Ya más crecida, fui hija de María. Me levantaba a las seis de la mañana para comulgar, durante todo el mes de María, el mes de mayo. Lo mismo hacía en el mes dedicado al Corazón de Jesús. No iba a la escuela sin comulgar. Pero, cuando me hice adulta, ya no encontraba respuesta a mis preguntas que surgían numerosas en la mente.

La religión católica, donde fui criada, casi nunca respondía satisfactoriamente a mi cerebro que quería creer de un modo absoluto, aceptando con raciocinio claro la fe mía.

Fue cuando, en un instante de fe viva, fui envuelta por un espíritu, sin tener conocimiento alguno de la ciencia espírita.

Siguiendo el consejo del Amigo de la Vida Mayor, conseguí una enorme gracia, conforme narré en **Pérdida de Seres Queridos**.

Desde entonces, pasé a estudiar el Espiritismo. Debo a los libros espíritas, principalmente a los de Francisco Cándido Xavier, la bendición de esta fe que hoy se tornó en estandarte de mi dolor y que he conseguido plantar en muchos corazones afligidos.

Es bien cierto que la fe no se impone, pero mucho podremos hacer para cultivarla en el espíritu de nuestros hijos. Es lo bastante que, además de alimentarlos materialmente, con todo el cariño ofrezcamos a ellos el pan espiritual que es la oración y la orientación religiosa.

Es necesario que los hagamos comprender desde pequeños, que somos compuestos de cuerpo y alma. Que precisamos aprender a bien vivir, tanto la vida material cuanto la vida espiritual, que es más importante por ser eterna.

Si todos los padres se preocupasen realmente con la educación religiosa de sus hijos, estarían contribuyendo para la mejora social y, lógicamente, para la felicidad de sus hogares. Sin decir nada aún de los beneficios que proporcionarían a los propios hijos, enseñándoles a desarrollar esa fuerza interna que nos da la fe. Que Jesús, nuestro Divino Maestro, nos ampare e ilumine para que sepamos cultivar la fe, tomándola por sustentáculo de nuestra vida, y en ella

podamos encontrar las fuerzas necesarias para vencer los obstáculos que nos surjan en la Tierra.

DESPRENDIMIENTO

Son muchos los lectores que me piden explicaciones sobre la mediumnidad de desprendimiento.

No sabré definirla científicamente, pero voy a procurarles contar aquello que me pasa conmigo cuando me desprendo, esto es, cuando salgo del cuerpo.

Como sabemos, son muchas las clases de mediumnidades que existen y que todos somos médiums, siendo unos más sensibles que otros.

Ser médium es ser instrumento de los espíritus para comunicarse con nosotros. Es entrar en contacto con el mundo invisible.

¿Y quién de nosotros no se habrá encontrado con espíritus, aunque sea en sueños? Por el hecho de la persona ser médium desarrollada, no quiere decir que sea siempre buena.

Pues hay buenos y malos médiums.

De acuerdo con los sentimientos, son los espíritus que atraemos. Con el auxilio de ellos haremos tanto el bien como el mal. Podemos, así, servir a Dios o a Mamón, aun no siendo espíritas.

Muchos reciben sus buenos o sus malos consejos de forma intuitiva. Otros más desarrollados en la audición, les oyen la voz tan natural como si estuvieran encarnados.

A veces sentimos que parte de dentro de nosotros una idea que nos formulamos. Es esta también una de las formas de la audición.

Algunos son videntes, ven los espíritus con gran facilidad, aun sin concentrarse. Hay también los que ven cuando están de vigilia. Por tanto, existen diversas formas de videncia. Tenemos los psicógrafos mecánicos, intuitivos o inconscientes. Reciben los mensajes de los espíritus. Los médiums de materialización son muy útiles a la doctrina. Donan el ectoplasma para que el espíritu se materialice entre nosotros, presentándose como eran en la Tierra. Esa es una de las mejores maneras de probarse la existencia del espíritu, empero ni todos precisen «ver para creer».

Otros son de transporte. Lo que es diferente del desprendimiento. En el transporte, el médium se concentra y va para determinado lugar, casi siempre durante la sesión espírita.

Están los médiums de cura. Con el poder de la fe transforman el fluido que retiran del Universo en remedio de gran poder curativo. Así que son numerosas las mediumnidades, pero creo que la de incorporación es de las que mayores servicios presta a los espíritus. Es por intermedio del médium de incorporación que el espíritu vuelve con mayor facilidad a comunicarse con los vivos.

Hay espíritus que están tan tierra-a-tierra todavía, que sólo consiguen oírnos cuando envuelven al médium. Oyen apenas la voz material nuestra. Al paso que los más esclarecidos nos entienden por el pensamiento. Con todo, la mediumnidad de incorporación es la que más dudas trae al médium, porque en mayor número ellos son conscientes. Saben lo que dicen. Y a veces es cuando se niegan a practicarla, con recelo de mixtificación.

Acontece, sin embargo, que toda la mediumnidad tiende a mejorar, de acuerdo con la dedicación y mejoría del médium. En la medida que él procura su perfeccionamiento moral, se va transformando en instrumento de gran valía, quedando libre de los mentirosos y embusteros que a él tienen acceso. Su fuerza moral es como la coraza que le protege de la mixtificación.

Por más consciente que sea el médium, él se va tornando inconsciente, en la proporción que purifica los sentimientos y que aprende a concentrarse.

La confianza en Dios y la buena voluntad de ayudar al prójimo constituyen factores primordiales para la evolución mediúmnica.

El individuo que así obra no sólo mejora la mediumnidad que ya posee, como va ganando otras de acuerdo con su merecimiento. No adelanta pedir la mediumnidad. Ella vendrá, naturalmente, como premio a nuestra dedicación.

Así, un médium de incorporación puede ser también vidente, audiente, psicógrafo o tener cualquier otra mediumnidad que Dios y los Guías o Mentores crean que le sea útil o que venga a contribuir para el intercambio entre la Tierra y el Espacio.

La dedicación, la fe, el perfeccionamiento moral hacen que mejore cada vez más el instrumento, esto es, el médium.

Lo que no podemos olvidar es que somos instrumentos y que sólo podemos producir bajo la voluntad de Dios y de los espíritus. Solos, nada conseguiremos. Puesto que, en la hora en que nos convencemos de que nos hemos transformado en médiums valiosos, ya fuimos alcanzados por la vanidad, y podremos perder de golpe todas las mediumnidades.

Si también no sabemos evaluar la importancia de la gracia que recibimos y nada hacemos por conservarla, podremos perderla.

Los espíritus que nos asisten nos abandonarán e irán a procurar un instrumento más fiel, más dedicado. Y, muchas veces, quedamos a merced de los espíritus menos evolucionados.

El desarrollo mediúmnico depende mucho de nuestra buena voluntad. Seremos tanto más perfectos instrumentos del bien cuanto mejores nos hagamos espiritualmente. Ahora, lector, voy a intentar contarles algo sobre mi desprendimiento.

Como ya sabemos, comencé con la mediumnidad de incorporación, siendo envuelta por un espíritu sin esperarlo. Desde ese instante llevé muy seriamente mi mediumnidad. Leí mucho sobre la doctrina. Hice todo para mejorar, aunque fuese un poquito mi interior, y todavía continuo luchando con mis imperfecciones. A medida que me esfuerzo y practico la caridad, siento una mayor facilidad en el intercambio con el Mundo Invisible. Después de la incorporación, fui siendo agraciada con la audición, la videncia, la precognición y, por últi-

mo, el desprendimiento. Antes de que mis hijos desencarnaran, ya había salido del cuerpo algunas veces. Pocas en verdad. Siempre para conversar con seres queridos que partían.

Tras el pasaje de Drausio y Diógenes, fue cuando se desarrolló más esa mediumnidad. Dios me concedió esa bendición, compadeciéndose de mí, en dolorosa prueba materna. No me desprendo cuando quiero, solamente cuando el Padre Celestial lo quiere.

Todos los encuentros que he tenido con mis hijos fueron Dádivas Celestiales que recibí sin esperarlas jamás.

Nunca sé cuando voy a salir de mi cuerpo. Acontece, siempre, cuando estoy despierta y pretendo adormecer. Salgo. Voy por el espacio. Sé que estoy en trabajo mediúmnico y que mi cuerpo quedó en la Tierra. Siento que estoy despierta.

Cuando eso ocurre debo estar guardada por los Mensajeros, pues nadie se aproxima a mí. Tal vez si eso aconteciese, yo tendría dificultad en volver. Con todo, nada siento. Regreso fortalecida y feliz. Siento que fui alimentada y encomiada espiritualmente.

Algunas veces percibo que estoy en la compañía de algún Amigo de la Vida Mayor. Otras, me veo sola. No tengo recelo. Sé que estoy protegida.

El lector debe acordarse de cuando fui a la «Morada de los que Mueren Pronto». Salí en compañía del hermano Belilo. Sentía que mi espíritu estaba doliente y me apoyaba en el hombro de él. Todos me preguntan si no tengo recelo de quedarme «allá». ¿Cómo podría tenerlo si allí están mis hijos?

Después tengo plena convicción de que sólo desencarnamos cuando nos llega la hora. A no ser que nos suicidemos. Lo que puedo decirles es que debemos de hacer todo lo posible para mejorar la mediumnidad. No sólo para servir en el intercambio entre los dos mundos, sino para nuestro propio bien. ¿Que conformidad mayor podremos tener que la de saber que somos eternos, de que la vida continúa? Esa convicción aumenta a medida que estamos en contacto con los espíritus. Ellos mismos nos vienen a hablar de la vida espiritual.

Es fácil perfeccionar la mediumnidad. Es suficiente que nos esforcemos por «amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos».

OBSERVACION:

Que esta afirmación mía, diciendo que salgo del cuerpo sin esperar, no vaya a servir para el regocijo de algunos científicos que no creen que se pueda aceptar el Espiritismo como Ciencia, por no ser experimental. Dicen ellos que no podemos provocar los fenómenos, que vienen sin ser esperados y, a veces, en presencia de personas no capacitadas para estudiarlos.

Hay un fenómeno que, a pesar de mi oscuridad, provoco cuando quiero, gracias a la voluntad de Dios.

Son los golpes que mis hijos dan en la lámpara, por medio de la cual conversamos y cualquier persona puede oír.

Es lo bastante que lea el Evangelio bajo esa lámpara que se encuentra sobre el guardarropa de ellos. Y, como ése, son muchos los fenómenos espirituales que podemos provocar. El más importante es el de la materialización.

COMO ORAR

Lector al preguntarme como se debe orar, usted ya está haciendo una oración.

Muestra ser un espíritu bendecido por la humildad, aceptando la orientación de otra persona. Sabemos que la mejor oración es la pureza de sentimientos. Por eso, Jesús ya nos dijo a su tiempo: «si quieres depositar tu ofrenda en el altar, ve primero a entenderte con tu hermano».

Sabemos que en el tiempo del Maestro, la oración se constituía en ofrenda. Se creía que cuanto mayor fuese ella, más deprisa se conseguía lo que se deseaba.

La religión se constituía en pura manifestación material.

Lo que aún perdura hoy en ciertas sectas.

Después del paso del Maestro, aprendimos que Dios da siempre. Que Él no es ningún niño, a quien debemos prometer regalos para obtener sus dádivas. Lo que precisamos, eso sí, es hacer por merecerlas, libertándonos del orgullo, del egoísmo, del odio, de la envidia y otras tantas llagas que no permiten que nuestra oración transponga las paredes del ambiente donde oramos, por más bellas que sean las palabras que pronunciamos. Orar, por tanto, no es recitar fórmulas de plegarias, es sentir lo que decimos.

¿Cómo podremos sentir cuando pronunciamos «Perdónanos así como perdonamos a nuestros enemigos», si sabemos que estamos mintiendo?

¿Cómo podremos ser amparados, ayudados, auxiliados si no sabemos amparar, ayudar o auxiliar?

Vemos, entonces, que antes de cualquier oración, necesitamos poner en práctica primero las palabras del Divino Maestro: «Amaos como Yo os amé. Amad al prójimo como a vosotros mismos». Sólo después de conseguir entender y practicar, aunque ligeramente, las enseñanzas de Jesús, es que aprendemos a orar de modo a que seamos atendidos.

Antes de pedir, precisamos aprender y agradecer todas las dádivas que recibimos. Tenemos que reconocer que recibimos mucho en relación a otros mucho menos felices que nosotros. Pero, infelizmente, somos insaciables en nuestras ambiciones.

Creemos que nuestros hermanos son siempre más dichosos, como si Dios concediese privilegio a alguno de sus hijos. Como si Él no nos amase a todos igualmente.

Pero, como «corazón de los otros es tierra a la que nadie va», ¿quién sabrá de las heridas ocultas en los corazones ajenos?

Cuando reconozcamos que realmente somos por demás agraciados por la Misericordia Divina, ya estaremos en condición de recibir más, pues según Jesús: «Al que tiene, más se le dará». Así, aquel que tiene fe, sabrá reconocer la protección de Dios cuando algo bueno le suceda. No lo atribuirá a la buena suerte o al acaso.

Tras la oración de gracias, vamos aprender a pedir con la lección que Jesús dio a Pedro:

Cierta vez, Pedro reclamó al Maestro que sus oraciones no eran atendidas por el Padre. Entonces, Jesús le preguntó que era lo que él pedía. Pedro le dice que imploraba al Padre para que aplanase su camino, que resolviese sus problemas. Jesús le explicó, entonces: «Pedro cuando pidas al Padre que te haga comprender Su Santa Voluntad en relación contigo y te de las fuerzas necesarias para cumplir esa Voluntad, serás atendido».

Así, lector, llegamos a la conclusión de que debemos pedir a las «Fuerzas Superiores» que nos ayuden a soportar las pruebas necesarias a nuestro perfeccionamiento, que nos auxilien a evolucionar espiritualmente, porque a medida que ganamos esa fuerza interior, por la mejoría íntima, ya no sentiremos con tanta intensidad los reveses que se nos deparan.

Quien sabe si hasta nuestras pruebas no podrán ser amenizadas, gracias al merecimiento que vayamos alcanzando por el esfuerzo de nuestra buena voluntad en seguir las enseñanzas de Cristo, aunque poco a poco.

Cuantas veces pedimos algo, con tanto desespero y de aquí a unos días reconocemos que lo que queríamos no era tan importante. Por eso, cuando nuestros pedidos no sean atendidos de inmediato, no debemos desanimarnos. El Padre Celestial sabe de aquello que realmente tiene valor para nosotros.

Estamos tan aprisionados a los problemas de la Tierra y a la vida presente que olvidamos que la vida eterna es la vida del espíritu. A veces, lo que nos trae la felicidad momentánea, constituye material de rescate para las encarnaciones futuras.

No obstante, lector, usted me pide que le oriente como debe de orar. No me juzgo capacitada para tanto. Iré, sin embargo, a decirle como acostumbro hacer mis oraciones.

Antes de cualquier cosa, adopto y aconsejo adoptar el «Culto del Evangelio en el Hogar», que debe ser hecho una vez por semana, con día y hora marcada.

Los principiantes deben adquirir además del «Evangelio según el Espiritismo», el «Evangelio en Casa», por el espíritu de Meimei, psicografado por Francisco Cándido Xavier. Es un libro muy simple por el cual nos podemos orientar.

Cuanto a la oración propiamente dicha, acostumbro hacerla diariamente.

Me recojo en mis aposentos, dejando del lado de fuera los problemas terrenales. En profunda concentración, converso con Dios, con Jesús y con los Amigos de la Vida Mayor.

Tras la oración de agradecimiento por los beneficios recibidos, pido por los sufridores, encarnados y desencarnados. Pido por los amigos, familiares, por los que están en prueba, por los que perdieron a sus seres queridos, por los que me han procurado o leído mis libros, en fin, la lista es interminable y poco tiempo sobra para pedir por mí. Por eso mismo, Dios que sabe cuán grande es mi necesidad, siempre me da.

Hago diversas oraciones más la predilecta es la que Jesús nos legó: «El Padre nuestro». Ahora, quiero dejar aquí la orientación que recibí del Mensajero Belilo, cuyo nombre Drausio citó en el primer mensaje que Chico psicografio.

Cuando me propongo ayudar a alguien que se encuentra envuelto por espíritus infelices o que esté en desarrollo mediúmnico, Belilo me pide que enseñe a la criatura a reaccionar. Después de aconsejar la mejoría íntima, él pide que se ore de mañana, de noche antes de acostar y en cualquier momento en que sintamos mal, del siguiente modo:

1.º Orar la oración de apartar los malos espíritus que el lector encontrará en el «Evangelio, según el Espiritismo».

2.º Orar el Padrenuestro pidiendo la protección de nuestro ángel de la guarda, de la Corriente de la Luz y de la Verdad, de los Mentores nuestros amigos y de Belilo.

3.º Orar otro Padrenuestro, diciendo: Que sirva de alivio a los sufridores más jamás a las fuerzas contrarias que puedan interferir en mi camino.

Este modo de orar sirve para todos nosotros.

ORACION PARA ALEJAR A LOS MALOS ESPIRITUS

En nombre de Dios, Todo Poderoso, ruego a los espíritus infelices para apartarse de mí y pido a los buenos para que yo no sea víctima de la sugestión de los espíritus. Buenos espíritus, dadme fuerzas y resistencia contra los hermanos todavía ignorantes y las luces necesarias para que yo no sea víctima de la sugestión de los espíritus impostores, mentirosos y burlones, los cuales yo repelo con todas las fuerzas de mi alma, pero pido para ellos la misericordia de Dios. Protegedme para no ser víctima de sus embustes.

Apartad de mí el orgullo y la presunción, que no entre en mi corazón: el orgullo, los celos, el odio, la malevolencia; en fin, todos los sentimientos contrarios a la caridad, pues son ésas las puertas que en mí pueden dar entrada a la influencia de los espíritus todavía endurecidos en el mal.

* * *

Ahora que he procurado ayudar a los que perdieron a sus seres queridos, la orientación de Belilo es la misma, debiéndose acrecentar la oración a los desencarnados que amamos, también, del «Evangelio según el Espiritismo».

Al finalizar, se dice un Padrenuestro en memoria del ser querido que partió para la vida espiritual.

ORACIÓN POR LOS DESENCARNADOS QUE AMAMOS, EXTRAIDA DEL «EVANGELIO SEGÚN EL ESPIRITISMO», DE ALLAN KARDEC

«¡Acoge favorablemente, OH Dios de Bondad, la oración que os dirijo por el espíritu de Fulano! ¡Hazle percibir Tus luces divinas, y facilítale el camino de la felicidad eterna! Permite que los Buenos Espíritus lleven hasta él mis palabras y mis pensamientos.

Y tú, que yo tanto amaba en este mundo, escucha la voz mía que te llama para darte una prueba más de mi afecto.

Dios permitió que fueses libertado antes que yo, y yo no podría lamentarlo sin demostrar egoísmo, porque eso equivaldría a desear que continuases sujeto a las penas y a los sufrimientos de la vida terrenal. Espero pues, con resignación, el momento de nuestra unión en ese mundo más feliz, al cual llegaste antes que yo. Bien sé que nuestra separación es solamente momentánea, y que, por más larga que ella me pueda parecer, su duración se desvanece, ante la eternidad de ventura que Dios promete a sus elegidos. Que Su Bondad me libre de hacer cualquier cosa que pueda retardar ese instante deseado, y que así me libre del sufrimiento de no encontrarte, al salir de mi cautiverio terrestre. ¡OH!, como es dulce y consoladora la certeza de no haber, entre nosotros, más que un velo material, que te esconde a mi mirar, la confianza de que puedes estar aquí a mi lado, a verme, a oírme como otra hora; de que no me olvidas, de la misma manera como yo no te olvido; de que nuestros pensamientos se confunden, y de que el tuyo me sigue y me ampara siempre:

Que la Paz del Señor esté contigo, Fulano...».

* * *

Esta plegaria, además de auxiliar a los que parten, nos da fuerzas para soportar la separación momentánea.

MENSAJE

Este mensaje ya fue publicado en el libro *Treinta años con Francisco Cándido Xavier*, de Clóvis Tavares, y en *Pérdida de seres queridos*.

Voy a publicarlo nuevamente, porque constituye una prueba irrefutable de la inmortalidad. Pido al lector observar los nombres de familiares y amigos nuestros, que solamente mi hijo Drausio, autor del mismo, podía saber.

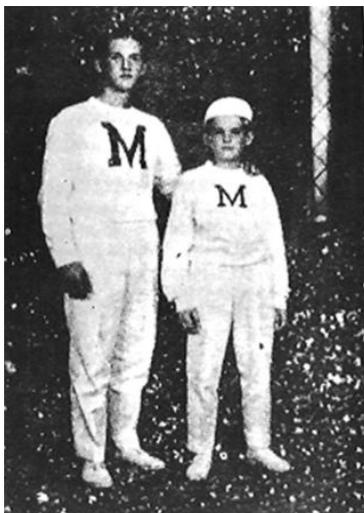
En aquel tiempo yo ya conocía a Chico Xavier, pero apenas lo veía muy esporádicamente, cuando iba a procurarlo para auxiliar a algún hermano que estuviese bajo mis cuidados. Él no podía, por tanto, conocer tales nombres.

La prueba más importante que el mensaje contiene es el nombre de María Filomena. Ella fue madre de mi esposo. Desencarnó cuando él era niño, poco tiempo después que llegaron de Europa, donde nacieron. En la tumba de ella consta, apenas, el nombre de Filomena. En los documentos de mi esposo también.

Cuando recibimos el mensaje en que mi hijo dice: «la abuela María Filomena me tomó en sus brazos», él no admitió que se tratase de su madre. Al llegar a San Pablo supimos que la hermana mayor de mi esposo se llama María, porque su madre era también María. Aparte de esa importante prueba, que olvidé de citar cuando publiqué este mensaje por vez primera, hay muchas otras.

Por ejemplo: nuestro querido Chico Xavier todavía no sabía de las comunicaciones que venía teniendo con mis hijos y tampoco de mis visitas a la «Morada de los que mueren pronto» y al «Hospital Espiritual».

Como si no bastasen todas las pruebas, el mensaje muestra que Drausio ya era un espíritu iluminado por el mejoramiento. En la hora del pasaje, ante los dolores más atroces, aún tuvo fuerzas para orar. Intentó auxiliar al hermano con la esperanza de salvarlo. Ya en aquel tiempo pedía a Dios para que Cristina, su novia, pudiese encontrar «un joven amigo leal» que le sustituyese junto a ella. Como sabemos, en esas ocasiones, el espíritu llevado por los celos, podrá hasta obsesionar el ser amado, si no está esclarecido.



DRAUSIO y DIÓGENES

Chico Xavier no conoció a mis hijos, no podía saber, por tanto, que fuesen perfectos, que tuviesen el espíritu tan elevado.

Observe, lector, cuántos detalles importantes contiene el mensaje:

«Querida mamá, mi querido papá: con la bendición de Jesús, ruego que me auxilién siempre. Aquí estoy con algunos amigos. Supliqué permiso para decirles algo y lo conseguí. Creo, mamá, que esto sucede por su amor, por su cariño. Dicen que el corazón, cuando ama, vence la muerte, ¡y es verdad que la vence!

Estoy oyendo sus palabras. Si yo no pudiera decir aquí que soy un espíritu débil y endeudado, muchos creerían que su hijo Drausio fue un santo. Pero todos nuestros hermanos aquí presentes, saben que para las madres, los hijos son siempre ángeles. Crea que, aunque no las merezcamos, ni Diógenes ni yo, sus palabras caen sobre nosotros como rocío Divino. Penetran en nuestras almas y afirman que usted y papá, confían en nosotros.

¿Qué felicidad puede existir mayor que ésta, madrecita, la de poder inclinarse sobre el papel, con el auxilio de muchos amigos espirituales, y escribirles derramando en él mi corazón? ¿Qué alegría puede existir mayor que ésta, la de poder decir que estamos vivos, que el accidente no consumió nuestra personalidad y que las cenizas del túmulo cubrieron solamente la ropa deshecha que no nos servía más?

Nos encontramos bien, recuperando nuestro equilibrio poco a poco. Confieso que al principio, mi impresión fue indescriptible. Comprendí que el fin había llegado, cuando el impacto del camión sobre nosotros, nos redujera a harapos de carne sanguinolenta. Lo vi todo como si una poderosa fuerza me conservara en vigilia. El miedo se posesionó de mí y oré; oré como usted se puede imaginar, aplastado por la angustia y gritando por el dolor. Pensé en usted, en papá, en todos nuestros seres amados, sin olvidar a nuestra querida Cristina. No obstante, mi primera idea fue la de actuar en auxilio de Diógenes, pero no lo conseguí. Él, Ademar y Carlitos yacían inertes. Alguien se aproximó a mí. Era la abuela María Filomena, que yo no había conocido. Me recogió en sus brazos y me dijo que el abuelo Rosin estaba orando en beneficio nuestro. No comprendía nada de lo que oía, pero acepté sus brazos cariñosos, en la seguridad de que ella venía, por bendición de Jesús, en nuestro socorro. Enseguida, otros amigos espirituales llegaron apresuradamente. El propio don Romualdo de Seixas comandaba las providencias iniciales, y vi que él y los otros nos daban pases que comprendí que eran como un bálsamo para nosotros. No sé lo que Diógenes, Carlitos y Ademar habrán sentido de pronto, pero en cuanto a mí, puedo decir que, aunque estaba unido al cuerpo abatido, sentí sueño y reposé. Despertando en la casa de Salud Espiritual, en donde usted nos vio, procuré por Diógenes y por los otros... Gradualmente, con el correr de los días, fui siendo atendido y vi a los tres, uno a uno... Mi primer problema se me presentó al recibir los pensamientos angustiados de papá, que deseaba morir con nosotros. ¡Ah, mamá, cuánto debemos a su fe!... Dentro de mí mismo, veía todo lo que nos llegaba de casa, y la visión de papá desesperado, me enloquecía; las oraciones de usted, me auxiliaban; los pensamientos tristes de papá Sampaio, me afligían, y las lágrimas de Cristina, ¡caían sobre mí como gotas de fuego sobre mi corazón! ¡Solamente a base de resignación y de oraciones, es como conseguí sustentarme!

Ahora, todo se va aclarando para mí y para Diógenes. Usted nos visitó, sí, en aquella bendita institución dedicada a los que llegan aquí más pronto. Más pronto, mamá, no quiere decir fuera de tiempo. Diógenes y yo debíamos venir para acá en el momento en que se verificó el

desastre y, naturalmente, por el desastre y no en otras condiciones. Es el pasado, madrecita, que exigía de nosotros eso. El conductor del camión no tuvo la culpa, y usted hizo muy bien en disculparlo; y no se puede afirmar que Carlitos estuviera guiando con exceso de velocidad, no obstante estar inquieto por la preocupación de regresar pronto al ambiente doméstico. Rescatamos nuestras deudas. La Ley de la Reencarnación nos absolvió. Realmente, mamá, ¿quién podrá decir que las pruebas sean una felicidad? Pero, ¿no será una bendición cumplir la Ley de Dios? Estemos, pues, conformes. Ruego a papá que no piense más con desánimo o con violencia consigo mismo. Papá: hay millares de criaturas y de muchachos en la penuria, que necesitan de padres y de madres tan cariñosos y tan buenos como usted y como mamá. Trabajemos por el bien de ellos. Aquí, estamos aprendiendo que la mayor felicidad es hacer la felicidad de los demás. Y sólo por la caridad bien comprendida es que puede nacer la verdadera felicidad. ¡Caridad, padre mío! Caridad con los otros para que nosotros seamos felices y podamos merecer la ventura del reencuentro, más tarde. La ruego, mamá, que conforte a Cristina, y que le diga que estamos juntos. Los novios que se aman con el amor de Jesús, pueden ser buenos hermanos. Seré para ella un compañero espiritual y estoy pidiendo a Dios que ella encuentre un joven amigo y leal que la ampare y le de la felicidad que yo no le pude dar. Esto no es olvidar, es comprendernos los unos a los otros. Agradezco a todos nuestros Sampaio, las oraciones con que me ayudan. Usted debe continuar firme en su fe viva. Esté segura de que nos ha visto, cuando se encuentra fuera del cuerpo. Las visiones y los encuentros con la abuela Rosa, la tía Nena, Sergio, Cristina y Odorica son todos verdaderos. Todas las personas tienen vida fuera de cuerpo físico, pero veo que, actualmente, el recuerdo no es habitualmente permitido, para que nuestros amigos encarnados no se desvíen y no olviden sus obligaciones en el mundo. Diga a la familia de Ademar que él está muy bien amparado y creo, que en breve, conseguirá ya trabajar mediúmicamente en el grupo al que se halla unido mediante las reuniones que frecuentaba. Carlitos sufre todavía, y mucho, porque de todos nosotros, es el que más necesita estar al lado de la familia, pero esperamos que los seres queridos de él, lo auxilien con su paciencia y con sus oraciones. Diógenes está bien. No obstante, es el corazón juvenil que todos nosotros conocemos. En cuanto a mí, he recibido de nuestro hermano Belilo y de la abuela Maria Filomena (y por intermedio de ellos el auxilio de muchos bienhechores espirituales), el apoyo de que todavía me siento necesitado. Quiero restaurarme, mamá, quiero trabajar; necesito levantar mis fuerzas y servir. Ayúdenme usted y papá. No puedo continuar escribiendo, porque el tiempo, aquí, es también medido y respetado como ahí. A todos los nuestros, especialmente al tío Roberto, nuestra gratitud. Y reuniéndola a usted y a papá en mi abrazo muy cariñoso, y pidiéndoles que no lloren más, soy de todo corazón, el hijo agradecido.

DRAÚSIO

(Mensaje recibido en reunión pública de la Comunión Espírita Cristiana, en la noche del 17 de octubre de 1966, por el médium Francisco Cándido Xavier.)

II PARTE

LA MERIENDA

11 de octubre de 1968.

«Cuando Dios cierra una puerta, abre otra.»

Es un refrán popular que se aplica bien a mi caso.

En el gran sufrimiento que se abatió sobre mi alma, destruyendo todas mis ilusiones terrenas, cuando sentí que estaba presta a lanzarme en el caos de la nada, es que la mano de Dios me levantó y dentro de mí escuchaba una voz que me hablaba: «¡Levántate! ¡Yérguete de ese dolor! ¡Despiértate, que ha llegado el momento del trabajo! ¡Ha llegado la hora de hacer de tu encarnación presente, algo de positivo para tu porvenir! Es el instante de que comprendas el porqué de la vida terrenal».

Entre sollozos tomé la pluma y comencé a trasladar al papel los encuentros que vengo teniendo con mis dos únicos hijos que partieron para la Vida Mayor. La Misericordia de Dios se hizo presente.

De ese relato salió al público el libro «**Pérdida de Seres Queridos**».

El lenguaje simple, casero mismo.

Llegué hasta a pedir perdón al lector por ello.

Pero el libro fue tan bien aceptado que en pocos meses la editora se vio obligada a lanzar la 2.a edición. Fueron tantas las felicitaciones que recibí, no sólo por mi fe y mi coraje, como también por el lenguaje que empleé y que el lector encontró muy asimilable, que resolví continuar a escribir en el mismo estilo.

Tal vez, la aceptación tan grande fue por tratarse de un problema vivido. Algo así, de espiritismo práctico, vivido con el amparo de Jesús.

Se abrió otro camino a mi frente. Comencé a hablar en público.

Tengo realizado muchas charlas, en diversas ciudades, sobre la inmortalidad. Asunto de que trata **Pérdida de Seres Queridos**.

No me volví oradora en la verdadera acepción de la palabra, puesto que no cuido el estilo. Procuero apenas convencer con mi lealtad y mi fe en Dios, y con la seguridad de la continuación de la vida después de la muerte.

Las comunicaciones que vengo teniendo con mis hijos, desde el tercer día en que desencarnaron y puse en público en **Pérdida de Seres Queridos**, son las credenciales con que me impongo, las del sufrimiento de un corazón de Madre resignada, ante los Designios de Dios.

¿Quién podrá dudar de una madre que habla sobre sus hijos muertos?

¿Qué madre tendría el coraje de hacer historia con el espíritu de sus propios hijos?

Así, haciendo salir la voz de mi corazón por mis labios, consigo demostrar que la muerte no existe, llevando la paz y la comprensión a los que vieron a sus seres queridos partir para la vida espiritual.

Consigo probar, con mi ejemplo, el poder de la fe en la hora del dolor, en los momentos difíciles de la vida terrenal. La recompensa que obtenemos al aceptar con resignación y humildad nuestra prueba. En la medida de mi alcance voy, de ese modo, ayudando a los hermanos menos felices.

Y muchos, muchos materialistas se acercan a mí, procurando informaciones más detalladas. Cuando siento la dificultad en convencerlos, los invito a venir a mi hogar, donde converso con mis hijos, por intermedio de golpes que dan en la lámpara y que cualquier persona puede escuchar.

Después de una señal material, comienzan a interesarse por la vida futura. Muchos leen, con la misma orientación, **El Evangelio según el Espiritismo**. Y el camino de ellos se abre para las cosas del espíritu.

Así, pensando en ayudar a mis hijos con mis oraciones y a mis hermanos terrenos con el ejemplo, estoy siendo ayudada.

Procuró pasar por la nueva puerta que me fue abierta, a fin de reencontrar aquellos que fueron mis adorados hijos, cuando yo parta para la Vida Mayor.

Soy inmensamente grata al Padre Celestial, que me permitió comprender lo que debía de hacer de este dolor objeto de trabajo.

Gracias a Dios, conseguí participar de la evolución de mis hijos en el Espacio, lo que me dio fuerzas para soportar el dolor. Probando una vez más que la vida continúa y que continuamos siendo los mismos, relataré la conversación que mantuve con mi adorado Diógenes, el pequeño.

Al despertar por la mañana, antes de cualquier raciocinio, oí la voz de mi hijo, bien junto a mí. Sentí su presencia, aunque no le viese.

Él me habló: «Mamá, ¿sabe lo que me está sucediendo? En la escuela un compañero me pide el bocadillo. Le doy un pedazo del mío. A veces, llego hasta quedarme con hambre por ayudarlo. ¿Sabe lo que él hace? A veces lo come y otras lo tira fuera. Y yo con hambre, ¡mamá! Hoy oí así: ¡Dios mío! Perdóname si es pecado, pero no le daré más parte de mi merienda. ¿Qué es qué debo hacer mamá? ¿Estoy haciendo bien o estoy equivocado?». ».

Oí todo sin moverme.

Cuando se calló su voz, oí con fervor, pidiendo a Jesús y a los Amigos de la Vida Mayor que me orientasen para responderle. Y comencé a irradiar mentalmente: «Hijo, perdona a ese hermano que es un infeliz. Ora, pide a Dios fuerzas para poder esclarecerle. Es preciso que él

sienta el error que está cometiendo. Dile que Dios da el alimento para ser aprovechado. Hazle ver que hay hermanos que no reciben nada, debido a su orgullo. Ore, hijo mío, y los Amigos de la Vida Mayor le ayudarán a comprender. No le niegue el alimento. Es una gracia muy grande sentir piedad del prójimo y saber dar.

Denota evolución. Demuestra que estás más esclarecido que él. Tengo la seguridad que tú jamás pedirías alimento a un compañero para arrojarlo fuera. Ya en la tierra sabías repartir. Repartías hasta tu chocolate, del que tanto gustabas, con Rosángela. ¡Continúa así, hijo! Estoy muy contenta contigo. Creo que con cariño y sin revuelta, tú conseguirás ayudar a ese hermano infeliz.

Que Dios te ampare hijo mío».

Como ven, fue larga nuestra conversación. Mayor fue todavía el tiempo en que permanecí en plegarias para ayudar a mis hijos y a todos los hermanos menos felices.

La duda de Diógenes es justa. Tenemos el libre albedrío y ni siempre conocemos el modo más acertado de obrar. Nos falta el discernimiento.

Aquí en la Tierra, por ejemplo, dar dinero al alcohólico es una equivocación. Lo estamos ayudando a sostener el vicio. Auxiliar al viciado o al vago es un error. Debemos, sí, encaminarlos al trabajo.

Consultando a otros hermanos, todos fueron unánimes en afirmar que respondí acertadamente a mi hijo.

Confío en Dios haberle ayudado.

VISITANDO LA ESCUELA ESPIRITUAL

9 de noviembre de 1968.

Hoy estuve mucho tiempo con mi adorado Diógenes.

Una vez más comprobé las verdades dichas por André Luiz a nuestro querido psicógrafo Francisco Cándido Xavier, a través del libro **Nuestro Hogar** y otras obras del mismo tono que nos hablan de la continuación de la vida allende-túmulo, con los mismos caracteres de la vida terrena.

¡Es una maravilla! ¡Dios me concede la gracia de comprobar esas enseñanzas y participar de la renovación de los espíritus de mis hijos en la vida espiritual! No sé como agradecer al Señor de los Mundos.

Eran más o menos las cuatro horas de la mañana, cuando Diógenes apareció en mi cuarto. Iba a despertar cuando entré en contacto con mi hijo. Él me habló: «Mamá ven conmigo. Preciso que usted hable con mi profesora».

Antes de responder ya me vi ante una enorme puerta. Era más o menos del tamaño de aquella que describí en **Pérdida de Seres Queridos**, cuando visité la «Morada de los que mueren pronto». Sólo que esa puerta, en vez de luces, estaba adornada con banderitas de los países terrenos. Encima de ella estaba escrito «Escuela Universal».

Con Diógenes tirándome de la mano y su protectora al lado, abuela Luisa, entramos. Mi hijo sacó un papel del bolsillo y dijo: «Mire, mamá, ¡qué notas saqué! Solamente en una materia es que no di la media. Justamente la que más me gusta».

Yo leí en el papel: «Ciencia Natural del Espíritu». Era ésa la disciplina en que le faltaba la media.

El continuó hablando: «¿Recuerda mamá, de cómo me gustaba esa ciencia en la Tierra? Particularmente anatomía. Hasta usted decía que yo debía estudiar para médico por tener facilidad en retener los nombres difíciles ¿Se acuerda?».

Yo respondí: «Es verdad, querido hijo. Tal vez se haya extraviado alguna prueba. Vamos a ver lo que nos dice la profesora».

Percibí que Diógenes también estaba en lo mismo, pero no tuvo valor de hablar con la maestra, acostumbrado como estaba en la Tierra a que yo interviniera.

Cuando en la escuela terrena surgía cualquier contratiempo de esa naturaleza, era siempre yo quien me iba a entender con los profesores. Me interesaba tanto por el estudio de mis hijos que no dejaba pasar nada desapercibido. Por eso quedé siendo muy conocida en el Colegio y conquisté muchas amistades. También siempre los enseñé a amar y respetar a sus maestros. Les hablaba siempre del sacrificio y de la dedicación de los profesores. De cuánto les debemos. Si no fuesen ellos a transmitirnos sus conocimientos, quedaríamos en la ignorancia. En fin, les recordaba siempre esa lección, resaltando el valor del profesor, inclusive haciéndoles comprender el porqué de algunos maestros son menos pacientes. Acababa las

explicaciones diciendo: «No hay profesor malo para alumno realmente bueno». Así ellos aprendieron a tenerlos en la cuenta de verdaderos amigos.

Mientras conversábamos, la protectora que nos acompañaba se retiró, regresando en compañía de la profesora de Diógenes. Hablé con ella con la misma consideración y cariño con que siempre traté a los maestros terrestres. Le expuse la preocupación de mi hijo, diciéndola que me disculpase, pero que siempre intercedí por ellos en la escuela de la Tierra.

Ella, sonriendo, me dijo: «Me agradan los padres que se interesan por los hijos. Realmente hubo una prueba mensual extraviada. Ahora todo está bien».

Besé a Diógenes, ya más risueño, y volví al cuerpo. Una vez despierta, comprendí que era un encuentro más de los que nos han aportado fuerzas para soportar nuestra separación.

Diógenes sintiendo todavía mi protección y yo continuando a tener la alegría de estar con él. No es que fuese necesaria mi intervención para resolver la cuestión, más resolvió el problema de nuestra nostalgia y confianza mutua.

Como siempre oré mucho tiempo por la evolución de mis hijos. Cuando iba a adormecer nuevamente, fui a estar otra vez en la «Escuela Universal». Era día festivo: se conmemoraba la fiesta de fin de año. Las banderas de los países se agitaban al viento mientras la música, alegre y sublime al mismo tiempo, se hacía escuchar.

Sentí un bienestar inmenso. Jamás podría pasar al papel tamaña sensación. Acompañada de una hermana (espíritu de luz), comencé a recorrer las dependencias del Colegio. Eran diversos edificios, dentro de enorme parque, como si fuese una ciudad. Cada edificio abrigaba alumnos diferentes en la fisonomía y en el modo de vestir. Todos estaban muy alegres y bien vestidos. Tal como ocurre en la Tierra cuando la escuela está en fiesta.

La mensajera me invitó para que la ayudase a adornar los edificios. Con los brazos repletos de flores nos dirigíamos a los salones de cada recinto.

Cada vez más me sentía contagiado por el entusiasmo y la alegría reinante. Al pasar por el zaguán de uno de los edificios, vi allí a mi Diógenes todo sonriente.

Estaba más guapo y un poco más alto de lo que lo tenía visto con anterioridad. Con pantalones largos y muy elegantito. Me miró sonriendo y agitando su mano en el aire me saludó, como diciéndome que estaba todo muy bien.

En ese instante me acordé de Allan Kardec, que había estudiado en la «Escuela Pestalozzi», en Iverdon (Suiza), donde él decía haber aprendido lo que es el espíritu de fraternidad, por ser allí admitidos alumnos de todos los países.

Percibí que mi hijo estaba feliz entre hermanitos de todos los lugares del mundo, demostrando que en la Vida Mayor no hay diferencia de razas, de color, de Patria.

Son reunidos por la única razón que los hace semejantes: la elevación del espíritu. Satisfecha, después de razonar sobre todo eso, regresé al cuerpo. Fue tan largo el trabajo que ya había amanecido. Una vez más agradecí a Dios la gran dádiva otorgada.

LA LEY DE LA REENCARNACIÓN

13 de noviembre de 1968.

¡Mis muertos continúan vivos!

Hoy estuve con papá, que desencarnó un año después del pasaje de mis hijos. Por la noche, tras orar por mis hijos, por todos los seres queridos que me precedieran en el desenlace y por todos los que sufren, intenté adormecer.

El sueño no llegaba. De repente, me desprendí y fui a parar en una sala adonde encontré a papá trabajando con diversos hermanos.

Zelinda, mi hermana más mayor que todavía está en la Tierra, estaba a mi lado. Papá estaba fuerte, gordo, bonito, tal como lo vengo viendo desde que desencarnó.

Aparentaba unos cincuenta y tantos años, a pesar de haber desencarnado con setenta y siete. Una prueba más de que no aprovechamos toda la reencarnación.

Es lo que sucede con Diógenes, que partió con dieciséis años y me apareció como un niño de doce. Ahora él ya está creciendo, conforme narré en el capítulo anterior. Ahí está algo que yo no sabía. En el espacio también progresamos.

Depende de nuestro esfuerzo. Pero tanto papá como Diógenes aprovecharan demás la encarnación.

Sabemos que hay hermanos que no aprovechan nada y aún contraen deudas para venir a rescatar después. Aparte de estacionar, quedan endeudados, gracias al mal comportamiento. Papá fue un hombre ejemplar.

Ya sea como esposo, padre o ciudadano. Dejó, como mis hijos, mucha nostalgia. Ya hablé sobre él en **Pérdida de Seres Queridos**. Pero, como estaba narrando, le encontré trabajando entre otros hermanos. Cuando nos vio, corrió en nuestra dirección, abrazándonos.

Le pregunté cómo estaba en la vida espiritual. Respondió que se encontraba muy bien con aquellos hermanos.

Ellos apreciaban el trabajar tanto cuanto él. Después me dijo: «Tengo algo importante a revelar. Quiero que sepas porqué sufrí tanto aquellos años a causa de mi mala respiración».

Volví al cuerpo. Quedé muy triste por haber parado nuestra conversación en un punto tan importante. Me puse en oración.

Ahora yo pedía fuerzas para que papá pudiese soportar nuestra momentánea separación. Era muy cariñoso y apegado a la familia. Debe padecer de nostalgias.

Me desprendí de nuevo. Esta vez fui a parar a un cuarto pequeño. ¡Oh, qué horror! ¡Papá estaba en el fondo del cuarto colgando con una cuerda en el cuello! ¡Intentará el suicidio! Corrí hacia él desesperada.

Llamé a Jesús, a los Amigos de la Vida Mayor. En un esfuerzo inaudito conseguí desprender la cuerda de su cuello.

Él cayó al suelo. Su corazón latía acelerado. Su respiración era ahogante, ruidosa, como si estuviese haciendo esfuerzo enorme para respirar.

Tal como el había estado dos años seguidos, antes de partir, empero tuviese mejorado en los últimos meses de su vida. Aquí yo comprobé lo que nos dicen los libros acerca de los errores que cometemos.

Todas nuestras faltas quedan impregnadas en nuestro periespíritu. Eso nos hace sufrir mucho. Entonces pedimos para volver a la Tierra y sufrir en la carne la consecuencia de la falta. Sólo con el sufrimiento nos libertaremos de las faltas que traemos en el periespíritu. No es Dios quien nos castiga.

Somos nosotros que abusamos de nuestro libre albedrío. Así, papá, habiéndose quitado la vida en una anterior encarnación, vino a rescatar en la carne su error. Al verle en aquella desesperación, no noté que una criaturita estaba a su lado.

El niño habló: «¿Sabe por que él hizo eso? Estaba muy enfermo y su madre no cuidaba de él. Ella sólo quería pasear».

No respondí al pequeño. Mi objetivo era auxiliar a papá. Comencé a reflexionar: «¿A quien llamaré primero para socorrernos? Mamá se va a asustar». Me acordé de mi hermano Roberto. Inmediatamente el surgió en la puerta con su maleta en la mano.

Vestía todo de blanco y estaba más delgado. Entonces pensé. ¡Que Roberto, fuera médico también en su anterior encarnación! Volví al cuerpo.

Con ese último pensamiento que tuve, quedé sabiendo que papá me revelara una desencarnación anterior.

Por lo que dijo el niño-espíritu que apareció a mi lado, observo que continuamos guardando nuestras debilidades del pasado. Somos siempre los mismos, mejorando en la medida de nuestro propio esfuerzo.

Mamá, en esta encarnación, fue la esposa perfecta. Nunca abandonó a papá. Nunca se separaron, ni siquiera un solo día.

Cierta ocasión él enfermó gravemente. Gracias a la dedicación de ella, día y noche a la cabecera de su cama, consiguió recuperarse. Mamá es lo que se puede decir, un alma pura.

Fue siempre el ángel de paz de la familia. Con todas esas cualidades, la única cosa que deseaba era pasear, viajar como decía. No obstante, jamás lo hizo. Nunca abandonó su puesto, como esposa y como madre.

Parecía adivinar que ésa era su única debilidad espiritual. Luchó contra ella y venció. Tal vez por eso le fue dado desarrollar, de modo sorprendente, la mediumnidad de audición.

DIOGENES EN REPOSO

15 de noviembre de 1968.

Vi a Diógenes, pero no le hablé.

Por la madrugada fui a visitar un lugar destinado al reposo de espíritus. Eran distintos cuartos separados. Las paredes parecían de vidrio.

Desde fuera se veía perfectamente el interior del recinto.

Todo muy simple y limpiísimo. En cada habitación se encontraba dormitando un hermano, envuelto en sábanas blancas. A su lado, un mensajero velaba su sueño.

Me aproximé de uno de ellos.

Cuál no sería mi espanto cuando vi a mi adorado Diógenes durmiendo tan profundamente que parecía anestesiado.

Pensé que estuviese enfermo. A su lado estaba la abuela Luisa, su protectora. Al verme, se levantó y viniendo hasta la puerta me habló: «No te preocupes. No pasa nada. Él está solamente reposando. Se esforzó demasiado.

Hoy no le podrás hablar». Agradecí y más tranquila regresé al cuerpo.

Realmente Diógenes sufrió mucho cuando, después de dos años de su pasaje, se reencontró consigo mismo. Conforme yo conté al perder a mis dos hijos, sólo tras ese tiempo es que él percibió que ya no era el joven de un metro y ochenta y tres centímetros y sí apenas un muchachito de doce años más o menos.

Notó la falta de su físico fuerte y de sus órganos. Lloró mucho. Sufrimos los dos. Pero, gracias a Dios, a los Protectores y a la colaboración de todos los hermanos, particularmente del amigo Francisco Cándido Xavier, él se recuperó.

Después de pedir ayuda a Chico, fui consiguiendo comunicaciones con él, cada vez mejores y hasta volver a estar bueno.

Las secuencias de esas comunicaciones fueron fabulosas. El lector las encontrará con detalles en **Pérdida de Seres Queridos**.

Que Dios Padre de Amor y Bondad, de fuerzas a mi Diógenes para que se recupere en breve.

EL AVISO

5 de diciembre de 1968.

Hoy hace dos años y cinco meses que mis hijos desencarnaron.

Estuve con Drausio esta madrugada.

A pesar de ser un espíritu de luz, él lloró. Prueba evidente de que los buenos también sufren.

Al realizar el pasaje no se transforman en santos repentinamente, para disfrutar los gozos celestiales.

Continúan luchando y sufriendo con nosotros, hasta el día de la verdadera purificación. Cuando, entonces sí, dejarán de sufrir, empero continúen trabajando por la evolución de sus hermanos, ayudándoles.

Dios no nos ha creado para la inercia, pero sí para la evolución. De encarnación en encarnación vamos perfeccionando si sabemos usar nuestro libre albedrío, hasta llegar a la completa purificación.

Pero, para llegar a ese punto, ¿cuántas reencarnaciones habremos de tener?

Asimismo aquellos que ya alcanzaran un grado bastante elevado, muchas veces regresan a la Tierra para amparar a los que dejen.

Aquí me recuerdo de un Mensaje de Emmanuel, «Volverás por amor», psicografiado por Francisco Cándido Xavier y que se encuentra en el libro **Camino Espírita**. Dice así:

«Ante el hambre de paz que te atormenta diariamente, de cierto ya soñaste con el anhelado reposo, después de la muerte, rechazando el cáliz de angustia que la existencia carnal te sugiere.

Cultivas la virtud y aspiras, sin duda, al premio natural que el trabajo irreprochable te granjeó.

Sufres y reclamas consuelo... Lloras y pretendes alivio... Entre tanto, para allá de las fronteras terrestres, el amor te resplandecerá sublime, en el corazón, como estrella sorprendente, pero oirás los sollozos de aquellos que dejastes bajo la neblina del adiós.

Escucharás las oraciones de tu madre y los ruegos de tus hijos, cuales poemas de lágrimas a desfallecer de dolor sobre tu cabeza invadida de nuevas aspiraciones y tocada de nuevos sueños.

Comprenderás la renuncia con más certidumbre y ejercerás el perdón sin dificultad.

La tranquilidad de conciencia te será una bendición, no obstante el ansia de ayudar vibrará en tu pecho inspirándote el regreso.

Y reconociendo que el cielo verdadero no existe sin la alegría de aquellos que más amamos, regresarás por amor al campo de la lucha para nuevamente experimentar y sufrir, esperar y redimir, adquiriendo el poder para ascensiones más altas, porque, por la fuerza del bien puro, descubrirás con el Cristo de Dios, la luz de la abnegación que nos impele siempre a horizontes más vastos, repitiendo con él, a los compañeros de aprendizaje, la divina promesa:

"En verdad estaré con vosotros hasta el fin de los siglos", porque no hay felicidad para los hijos despertados de Dios, sin que todos los hijos de Dios entren efectivamente en la posesión de la felicidad real».

* * *

Los que no son espíritas no acreditan en la reencarnación, pero también no saben explicar el porqué de la diferencia entre los seres humanos.

¿Por qué uno es más inteligente que otro o menos retrasado? ¿Por qué unos tienen más purificados los sentimientos que los otros? ¿Por qué unos nacen deformados? Si Dios es el Padre de todos, ¿Por qué no nos hace iguales, felices y perfectos?

Algunos dicen que es para probar al hijo que Dios le castiga. Entonces veamos: «Lejos de querer compararnos con la Fuerza Suprema».

Nosotros, que somos simples mortales, criaturas muy lejos de la perfección, ¿tendríamos coraje para arrebatar un miembro, la visión, o incluso la inteligencia a uno de nuestros hijos, sólo para ver hasta qué punto él nos ama? ¿Hacemos diferencia entre ellos? ¿No los queremos todos perfectos? ¿Entonces, el Padre Celestial, el Padre Mayor, sería verdugo?

También, como nosotros, él quiere a todos sus hijos y distribuye su amor equitativamente. Continuemos raciocinando:

¿A pesar de desear el progreso de todos nuestros hijos y criarlos bajo la misma orientación, conseguimos resultado homogéneo? ¿No luchamos, a veces, intensamente para conseguir la mejora de uno de ellos?

No obstante criarlos bajo el mismo techo y con el mismo amor, cuántas veces no nos vemos obligados a dejar a uno de ellos entregado a su misma suerte.

Decimos entonces: «Es necesario que sufra para que aprenda. El mundo le enseñará». Y realmente, casi siempre así ocurre.

Es preciso que ese hijo rebelde sufra las consecuencias de sus propios errores para valorizar el bien. Si hay diferencia entre nuestros hijos, es que cada uno está en un grado de evolución, esto es, tiene el espíritu más o menos adelantado.

A pesar de creados por Dios en un mismo grado de conocimiento, no siempre sabemos usar de la libertad que tenemos para obrar.

Contrayendo deudas por el mal uso del libre albedrío, precisamos sufrir las consecuencias de nuestros errores.

Nosotros mismos pedimos para volver, a fin de rescatar esas deudas. Sólo así nos libertamos del sufrimiento que llevamos en el periespíritu al realizar el pasaje.

Como sabemos, llevamos con nosotros todos los sentimientos, buenos o malos, y sólo sintiendo en la carne las consecuencias de esos errores es que nos libertaremos. Aprendemos que realmente estábamos equivocados.

Y como en la Tierra decimos: El mundo enseña, el sufrimiento también enseña el camino de la perfección.

Bien, lector, esto es asunto para un libro entero. Otros escritores, con más capacidad que yo, ya han escrito sobre ello.

El lector ya debe haber encontrado referencias al asunto en otras obras de gran valor. **En El Cielo y el Infierno**, de Allan Kardec; **Acción y Reacción**, de André Luiz, psicografiado por Francisco Cândido Xavier.

Vamos, por tanto, a mi narración.

Yo les hablaba sobre Drausio, mi primogénito, que a pesar de ser espíritu de luz, lloró. Fue así:

Me desprendí y fui a encontrarme en una sala, donde hallé a mi hijo sentado. Me abrazó pleno de cariño.

Sentí en mi rostro un beso húmedo. Repentinamente, sus lágrimas rodaron sobre mi cara. ¡Drausio lloraba! Observé que no era un lloro de rebeldía. Parecía sufrir por algo que iría a suceder. Conversamos mucho.

No me recuerdo bien de sus palabras, apenas guardé el contenido de nuestra charla. Procuré calmarlo con todo mi cariño. Después de algunos instantes, ya controlados, se puso a hablar.

Me dijo de su nostalgia. De cómo le era difícil soportar nuestra separación. Se preocupaba por mí. Apenas me acuerdo de esta mi respuesta: «No te preocupes, hijo mío. Pronto yo "también" estaré con vosotros. ¡La vida pasa tan deprisa en la Tierra!».

EL CONSEJO

15 de diciembre de 1968.

Me encuentro en Uberaba.

Vine a participar de la última distribución general del año, hecha por Francisco Cândido Xavier y el personal de la «Comunión Espírita Cristiana», de Uberaba.

Esta distribución se realiza tres veces por año. Reciben víveres y ropas cerca de doce mil pobres, aproximadamente.

Además de esta gran distribución, la «Comunión Espírita Cristiana», teniendo al frente a nuestro querido Francisco Cândido Xavier, hace todos los sábados «Peregrinación», como llamamos nosotros.

En esa peregrinación, Chico va acompañado de amigos de aquí y de otras ciudades, a prestar asistencia a treinta hogares, más o menos, habitados por hermanos menos afortunados.

Como siempre, la última distribución del año, presentó un espectáculo inédito. Imagine, lector amigo, ¡conseguir transmitir alegría a doce mil pobres en un solo día! Criaturas de ambos sexos y de todas las edades.

Los que llegan de lejos para buscar su regalo, duermen incluso al relente, ya en la cola. Tal es el valor que dan a lo que reciben.

Hasta policías prestan sus servicios para mantener el orden.

De todos los Estados de Brasil acuden personas para colaborar en la distribución. Algunos ayudan también trayendo ropas y alimentos.

Es algo así, tan grandioso, que solamente estando aquí se puede tomar verdadero conocimiento del hecho.

Que Dios bendiga a Chico Xavier y a los miembros de la «Comunidad Espírita Cristiana», que tan bien saben poner en práctica las enseñanzas de Cristo. «Fuera de la Caridad no hay salvación.»

¡Qué maravilla, lector, cuando toda la humanidad comprenda ese lema! La pobreza desaparecerá de la Tierra y con ella la envidia, la ambición exagerada, el egoísmo y otros sentimientos menos dignos serán enterrados. La Tierra será un planeta purificado. Pero hasta allá, muchos años pasarán.

Sabemos que la pobreza también es prueba, pero no por eso debemos dejar de atenuarla. Tenemos que seguir las enseñanzas del Evangelio, que nos manda emplear todos los recursos a nuestro alcance para aliviar el sufrimiento de nuestros hermanos.

Este asunto me recuerda a Humberto Mariotti, en su libro **El Hombre y la Sociedad en una Nueva Civilización**.

Lo que me hizo venir también a Uberaba fue la preocupación en que quedé después de mi última comunicación con Drausio. Todavía más aún, ya que mi esposo amaneció enfermo aquel mismo día.

Conté lo que había pasado a Chico. Él llamó a mi esposo y le dijo: «Drausio está sufriendo por causa de sus ímpetus nerviosos».

Tú tienes que controlarte para permanecer en la Tierra. Zilda precisa de tu amparo y protección. Depende de ti, tu permanencia aquí».

Francamente, yo no había contado nada a Chico, sobre esos ímpetus nerviosos de mi esposo. Realmente, a veces él se descontrola completamente y sin motivo. Naturalmente, mi hijo procura calmarle y no lo consigue.

Él quiere que su padre viva hasta el día determinado por el Creador, practicando el bien como viene haciéndolo, a fin de aprovechar su encarnación al máximo y merecer reencontrarse con sus hijos.

Muchas veces, con nuestro descontrol íntimo, acortamos la vida, lo que no deja de ser un suicidio. Así también dominados por la rabia, por la cólera, por la envidia, por todos los malos sentimientos, estamos acortando nuestra vida.

Cuántas dolencias, consideradas del sistema nervioso, son productos de nuestros propios sentimientos.

Cuando emitimos pensamientos negativos contra nuestros hermanos, no estamos apenas perjudicándoles. Estamos actuando mucho más intensamente contra nosotros mismos. Perjudicamos a nuestros hermanos, porque como ya nos decía Kardec, la criatura tiene fuerzas para emitir su fluido magnético hasta bien lejos.

Si el fluido es malo, naturalmente, sólo puede causar daño. Además de eso estamos estropeando nuestro sistema nervioso, perdiendo la paz y, como si no bastase todavía, atraemos a los hermanos no esclarecidos que están siempre dispuestos para practicar el mal. Envueltos por tales compañías, sólo tenemos cosas que perder.

Es bien sabido que cada uno se sitúa en la faja vibratoria que le es peculiar. Procuremos purificarnos por dentro para no ser como los fariseos, de quienes Jesús dijo: se sabían lavar apenas exteriormente.

Es bien cierto el dictado: «Mente sana en cuerpo sano».

OBSERVACIÓN: Hace varios días volví de Uberaba. Gracias a Dios, mi esposo está más tranquilo. Oyó el consejo de Chico Xavier y le volvió la salud.

EL OBSESOR

5 de enero de 1969.

Me encuentro en Santos.

Dios es tan Misericordioso, que en las fechas de triste recordación me concede la gracia de rever a mis hijos. Hoy hace dos años y medio que ellos partieron para la vida espiritual. Dicen que el tiempo se encarga de suavizar el sufrimiento. Conmigo no pasa eso. Tal vez porque desde el primer día enfrenté el problema de frente, con raciocinio claro, como alguien que ya sabía lo que iba a pasar.

No es que lo supiese con seguridad, pero en el momento en que supe de la partida de ellos, algo dentro de mí me hizo comprender que en vez de desesperar, yo debía de agradecer a Dios por aquel dolor. Sentí que era necesario aquel sufrimiento, que estábamos saldando una enorme deuda, de otras encarnaciones.

Agradecí a Dios la oportunidad que me concedía y la gracia de haber tenido dos espíritus tan elevados como hijos. Comprendí que los hijos, como todo en la Tierra, son préstamos del Padre Celestial.

Agradecí también el auxilio que recibí para ser buena depositaria de ese bien, pues hice por mis hijos todo lo que me fue posible. Me dediqué a ellos de cuerpo y alma. Toda esa comprensión no me libró del sufrimiento.

Apenas logró que sufriese con resignación. Y hasta hoy mi manera de pensar no mudó y mi modo de sufrir tampoco. Por eso creo que no siempre el tiempo alivia el sufrimiento. Ocorre que en las fechas que más sufro, Dios me concede la gracia de volver a ver, por lo menos, a uno de mis hijos. Así, esta madrugada me desprendí y fui a Sao Paulo. Sabía que iba hasta nuestra casa a fin de encontrarme con Drausio.

Comenzaba a impacientarme con su demora, cuando desde mi cuarto escuché barullo en la televisión que se encontraba en la planta primera. Pensé: «Drausio llegó». Salí corriendo a su encuentro. En la escalera me encontré con mi hijo que subía.

¡Él estaba elegantísimo! Vestido de azul brillante. Con un traje de un color que nunca poseyera. Me acordé del «Bonus hora», citado en el libro de André Luiz, psicografiado por Chico Xavier y titulado **La vida en el mundo espiritual**.

Cuando observé el rostro de mi hijo, quedé desolada. ¡Él estaba muy triste! Nunca le había visto así. En la Tierra inundaba de alegría a todos que de él se acercaban. Cuando percibía que alguien estaba contrariado, siempre tenía una palabra acertada que decir, consiguiendo transmitir paz y alegría al ambiente.

Viéndole ahora tan triste, quedé afligida y le pregunté:
«¿Qué es lo que te pasa, hijo? ¿Por qué esa tristeza?». Él me respondió, intentando sonreír sin conseguirlo: «No me pasa nada, mamá».

Me sentí tan nerviosa que volví al cuerpo. Imploré al Padre Celestial para que me diese fuerzas para ayudarlo. Sé que él es un espíritu mucho más elevado que yo, pero confiando en Dios y en mi gran amor materno, esperaba poder cooperar. Pedí el amparo de Jesús, de los Amigos de la Vida Mayor, de todos los Bienhechores Espirituales que nos han ayudado tanto en esta gran prueba.

Tras orar por mucho tiempo me desprendí nuevamente. Esta vez fui a parar en una sala. Allí encontré a Drausio, a Diógenes y al padre de ellos. Al correr para ellos, con la intención de abrazarlos, una sombra se interpuso entre nosotros. Era como la figura de un hombre encapuchado en un saco negro, cuyos brazos extendidos procuraban impedirme que me aproximase de los tres. Intrigada pregunté a Drausio: «¿Qué es esto, hijo mío? ¿Qué significa este hombre?».

Drausio respondió: «Es un infeliz. Embustero desde cuando viví en Nazaret». Pienso que él aludió al tiempo de Cristo.

Mi hijo continuó diciendo: «Él no tiene fe en Dios. No se preocupe, mamá. El infeliz no tiene fuerzas para perjudicarme». Yo respondí: «Hablaré con él».

Entonces, sucedió algo extraordinario: Mis hijos con las manos juntas oraban con los ojos fijos en mí. Comencé a esclarecer al Espíritu. Le hablaba sobre la fe de un modo sorprendente, como nunca conseguí hablar en las charlas que tengo realizadas sobre el asunto.

Me sentía envuelta por un gran esclarecimiento que percibí venía de fuera de mí. De alguien que estaba a mi lado. Las palabras que pronuncié jamás sabré repetir las. Prueba evidente de que no eran mías. A cierta altura de la adoctrinación, cayó el capuz que envolvía al obsesor.

Sus brillantes ojos estaban humedecidos. Yo continuaba a hablarle, cada vez con más fe y más convicción. Su semblante se fue transformando y me di cuenta que él estaba conmovido, pasando de furioso a arrepentido. Dos lágrimas rodaron de sus ojos, mientras bajaba la cabeza. Cayó de rodillas y exclamó: «¡Dios mío!».

Volví al cuerpo de nuevo. Comprendí que era un obsesor más que mi esposo había atraído. Pues hay veces que él parece estar conformado con la pérdida de los hijos, pero hay otras ocasiones en que se rebela. Su espíritu no estaba preparado para este gran dolor. Aún así, agradezco a Dios por que haya soportado, plenamente lúcido, tan enorme sufrimiento.

Sé que mis hijos sufren por no haber conseguido hacer que el padre acepte la prueba con resignación. Tal vez sea ése el mayor sufrimiento de mi Drausio. Por eso, se presentó tan triste ante mí.

Que Dios de fuerzas a vosotros, hijos míos, para poder ayudar no sólo a vuestro padre, sino a todos los que carecen de auxilio.

Confiemos y esperemos. La evolución es lenta. ¡Vuestro padre está bien encaminado, gracias a Dios!

UN TRABAJO DIFERENTE

8 de enero de 1969.

No siempre los sueños son producto del cerebro, como dicen los psiquiatras. Muchos exigen que sus pacientes les cuenten todos los sueños para descubrir, por intermedio de ellos, las frustraciones que llevan a la criatura al desequilibrio orgánico.

A pesar de la buena intención de los psiquiatras en ayudar a sus clientes, sabemos nosotros que algunos sueños son verdaderos trabajos mediúmnicos.

Reencontramos realmente los espíritus y con ellos conversamos. Principalmente, los que nos preceden en el pasaje.

A veces tenemos sueños que son llamados de premonición. Esto es, aviso de lo que vendrá a acontecer. Conmigo se dio eso.

Cuatro o cinco días antes de que mis hijos partiesen soñé con Diógenes. Él había sufrido un desastre y estaba extendido en medio de la calle.

Como siempre sucede en esos casos, hubo una gran aglomeración de curiosos.

Policías formaron un cordón, impidiendo a las personas que se aproximasen. Corriendo desesperada me abrí paso entre la multitud gritando: «¡Déjenme pasar! ¡Yo soy su madre!».

Al aproximarme de los policías, ellos me dijeron: «¡Ni la señora puede acercarse!». De repente alguien, como si fuese volando, pasó por encima de la gente y se arrojó sobre Diógenes. ¡Miró hacia mí desesperado!

Era Ademarcito que desencarnó con ellos. Llegué a contarles ese sueño y cuando yo preguntaba: «¿Adivinen quién se tiraba encima de Diógenes?». Ellos respondían bromeando: «¿Quién había de ser? Sólo puede ser el Misionero».

Era así que llamaban a Ademarcito, por ser un muchacho muy bueno y considerado. Él ya está trabajando mediúmnicamente en el grupo a que pertenecía, conforme Drausio prometió que ocurriría cuando envió el primer mensaje, por intermedio de Francisco Cándido Xavier. Además se comunica a través de la mediumnidad de su propia madre.

Ese sueño, naturalmente, era la preparación por la que venía pasando mi espíritu para soportar el choque. Realmente fui conocedora primeramente del pasaje de Diógenes.

De Drausio me dijeron que estaba herido en un hospital, pero que no sabían en cuál se encontraba. De todas maneras, luego después, quedé sabiendo, espiritualmente, que Drausio también había desencarnado.

¿Cómo podía ser ese sueño producto de mi cerebro? Jamás supuse que vendría a sufrir eso en la Tierra. Debía saber antes de haberme encarnado. Estaba posiblemente, en mi cerebro espiritual. Si así fuese, entonces, solamente la ley de la reencarnación podría probar.

Cuanto más los pseudo-parapsicólogos y psiquiatras combaten el Espiritismo, más acaban probándolo.

Hoy estuve en sueños con Drausio, en un verdadero trabajo espiritual. Se dio así: Como yo no me había echado la siesta después de almorzar, me sentía cansada.

Procuré reposar un poco antes de cenar. A pesar de no dormir fuera del horario acostumbrado, dormité profundamente.

Soñé que estaba en una sala, cómodamente sentada, conversando con Drausio. Hablábamos sobre las oposiciones de Ingeniería.

Drausio me decía: «Mamá, el número de estudiantes aumenta cada día más. Si yo tuviese que estudiar ahora, iría a encontrar mucha dificultad con la escasez de libros».

Yo, que hasta ahí creía que él estaba aún encarnado, respondí: «Drausio, los libros tuyos se hallan guardados todos. ¿Por qué no los vendes y das el importe de la recaudación a los pobres? Sería una buena manera de hacer caridad».

Él me miraba fijamente, sin responder, como esperando algo de mí. De repente exclamé asustada: «¡Pero, si tú no puedes hacer eso más, hijo mío!».

Lo que yo realmente quise decir es que él no podía, porque estaba recordando en aquel momento que había desencarnado.

Algo así como un fuerte dolor alcanzó mi pecho. Él siempre mirándome fijamente, respondió con ternura, como si hubiese obtenido una gran victoria: «Tengamos fe y paciencia, madrecita querida».

He, inexplicablemente desapareció ante mis ojos atónitos. Caí de rodillas y comencé a cantar al Divino Maestro:

Maestro... Maestro...
¡Amparad nuestras almas!
Maestro... Maestro...
¡Aliviad nuestro dolor!
Maestro... Maestro...
¡Dadnos la calma!
Maestro... Maestro...
¡Cúbrenos con tu amor!

Y con lágrimas escurriendo por mis mejillas, continué:

Jesús, ¡Maestro Divino!
Que sois ¡Todo poder y Bondad!
Conociste desde niño
Del mundo la gran maldad!

Amor... amor fue lo que distes
A cambio de la sin razón.

Cubriste al desnudo con las vestes
De Vuestro innegable corazón

¡Nuestro Amigo Querido!
Dadnos fuerza de rescatar
Deudas de tiempo ido
¡Para nunca más errar!

Desperté, mis ojos estaban mojados. Yo lloraba, motivada por el exceso de fe. La primera cosa que hice, fue anotar los versos que estaban nítidos en mi cerebro.

Comprendí que, aunque hubiese soñado, fue un trabajo de mi Drausio, porque últimamente cuando sueño que están vivos quedo muy triste.

Drausio, naturalmente que auxiliado por otros Mensajeros, hizo que en el sueño recordase que él ya había partido. Así desperté con la fe en el corazón.

Sentí hasta mucha gratitud por la oportunidad que Dios me concedió de amarlo por encima de todo, hasta de mis propios hijos.

¡Lado sea el Padre Celestial!

AMIGO LEAL

4 de marzo de 1969.

A pesar de todo el desprendimiento de Drausio en pedir a Dios para que «un joven amigo leal», conforme él expresa en el primer mensaje psicografiado por Francisco Cándido Xavier, lo sustituyese junto a su novia, dándole la felicidad que él no pudo dar, eso aún no había ocurrido hasta que no fue editado **Muerte es Vida**.

Cristina, la novia de él, sufría mucho. Cuando conocía algún muchacho, lo comparaba con Drausio y se desinteresaba inmediatamente. Conocedora que soy, de que continuamos siendo los mismos tras el pasaje, se que mi hijo también sufre con la ausencia de ella. Por más buena voluntad que tenga, le es difícil sofocar en el corazón el gran amor que les unió durante siete años.

Años repletos de esperanzas y sueños que estaban prontos a realizarse, pues ya estaban buscando casa para construir su nido.

Preocupada con ese problema, comencé a irradiar oraciones en el sentido de ayudarles. Pedí al Padre Celestial que diese fuerzas a mi hijo para olvidarse de Cristina como novia, como la elegida de su corazón para la vida terrena y que la quisiese todavía más, con el amor puro y fraternal que nos enseñó el Cristo. El amor que no fenece, que libre de egoísmo nos acompaña por todo y siempre, constituyendo la fuerza de las almas.

Se que Drausio jamás perjudicaría a su Cristina. Pero, como los sentimientos están en el alma y no en el cuerpo, es lógico que para él la lucha fuese grande. ¡Amar con completo desinterés y aún ayudar al ser amado a encontrar otro amor!

Sentí que precisaba vibrar con la intención de darle coraje. Tal vez su propia Cristina, no consiguiendo amarle con ese amor de Cristo, o recordando el pasado constantemente, estuviese dificultando también el trabajo de su novio en favor de ella. Así me puse en fervorosa oración por los dos.

Hoy, gracias a Dios, tuve una comunicación con Drausio, que comenzó a traerme paz en ese sentido. De madrugada, fui hasta la casa de Cristina. Allí vi reunida a toda la familia en conjunto con mi adorado hijo.

Él conversaba con todas las hermanas de su novia y a todas daba atención. Procuraba orientarlas en sus problemas. Además, según me dijeron, él era el ángel de la paz en aquel hogar.

Cuando surgía entre las jóvenes cualquier malentendido, cosa muy común entre hermanos, él rompía las barreras y la risa imperaba entre todos.

Él parecía estar en ese trabajo cuando yo entré. Al verme, corrió a mi encuentro y abrazándome, dijo así:

«Mamá, la vida continúa y mi misión aquí también. Soy el hermano de todas».

Percibí que Cristina se encontraba entre ellas recibiendo la misma atención dispensada a sus hermanas.

Era justamente lo que él quería que yo apreciase. Comprendí todo. Viendo el esfuerzo de mi hijo para considerar a su novia como a la hermana querida que yo venía pidiendo hacía tanto tiempo, no contuve el impulso de llorar. Para que no me viesen, corrí para la calle saludando con la mano a Cristina que me observaba.

Volví al cuerpo. En vez de llorar, agradecí a Dios por la gracia recibida. Mi Drausio consiguió transformar su sentimiento en apenas amor espiritual.

Gracias Os doy, ¡Oh, Padre Celestial!

OBSERVACIÓN:

Días después de esta comunicación recibí la visita de Cristina, que vino a comunicarme que había conocido a un joven muy bueno. Dueño de una buena formación moral y religiosa.

El trabajo de Drausio comienza a surtir efectos. Aguardemos los acontecimientos.

EL CURSO INTENSIVO

13 de abril de 1969.

Me encuentro en Lindoya.

Hoy estuve con Diógenes, pero no conseguí hablarle.

El lector debe estar informado de que le vi descansando el 11 de noviembre, conforme narré en las páginas anteriores. Después de eso apenas lo vi el día 5 de enero, pero no le hablé. Jamás pensé estar tanto tiempo sin comunicarme con él.

Pensaba que lo vería días después de aquel en que le vi reposando y entonces podríamos conversar. Los días, las semanas y los meses se fueron pasando y yo sin noticias. Confieso que, además de sentir añoranza, estaba afligida. Creyendo firmemente que no debemos pedir para reencontrar a los seres queridos que partieron para la vida espiritual, a fin de no perjudicarles, me olvidé de eso y llevada por el egoísmo y por los recuerdos imploré a Jesús que me ayudase a volver a ver a mi hijo.

A pesar de toda mi fe, eso no ocurría. Habiendo estudiado un poco de parapsicología, me acogí para la nueva ciencia a fin de reverle. Infelizmente no conseguí poner en práctica las lecciones de los parapsicólogos.

Bien, ellos dicen que cuando vemos un espíritu es producto de nuestro cerebro. Nosotros lo imaginamos y la imagen se forma. Por más que yo pensase en Diógenes, no conseguía verle. Fue entonces que me acordé de Carlos Imbassahy, que comenta ese fenómeno en su libro **Enigmas de la Parapsicología**.

Dice él: «Si la videncia es producto del cerebro, ¿cómo explicarnos las apariciones a personas que no conocen siquiera la doctrina espírita y no desean ver? Ora, son médiums videntes, está claro».

Si nosotros, médiums, somos paranormales, como ellos dicen, y si los fenómenos espíritas están en el cerebro, yo debía reencontrar a mis hijos cuando quisiese, puesto que no salen de mi pensamiento. Debía, por lo menos, salir de mi cuerpo cuando quisiese e ir al encuentro de ellos. Sin embargo, eso solamente se da cuando Dios quiere, independientemente de mi voluntad.

Esa lucha para ver a mi Diógenes, sin conseguirlo, me dio la certeza todavía mayor, de que la videncia es un don, ciertamente, dado por Dios. El vidente es un hermano llamado al estudio de la vida espiritual. Hay criaturas que reciben la bendición de esa videncia, pero no quieren aceptarla. Corren a los médicos psiquiatras en la esperanza de librarse del mal, como ellos mismos consideran.

Es en la doctrina espírita donde acaban curándose. No es que el Espiritismo les retire ese don. Muy por el contrario. Con el estudio y la práctica de la doctrina, aprenden a controlarse y el miedo es substituido por la paz, por la alegría. Comprenden el valor de la dádiva divina recibida que les permite certificarse de la continuidad de la vida más allá del túmulo. Vuelven

a ver a sus seres queridos, otras veces hablan con aplomo sobre la entidad presente, describiéndola con fidelidad, aún sin haberla conocido nunca. Se vuelven instrumentos de gran valor para nuestro conocimiento de la vida espírita. Sólo entonces comprenden el valor de su mediumnidad, repelida anteriormente. Encuentros que vengo teniendo con mis hijos, no son por la videncia. Son por el desprendimiento. Salgo del cuerpo y voy hasta ellos. Pero, ni así volvía a ver a Diógenes.

Cuando ya estaba conformada con la separación pensando que tal vez no me estuviese más permitido reencontrarlos, es ahí que les vuelvo a ver.

Me acosté y cuando agradecía a Dios las bendiciones recibidas durante el día, e incluso por el viaje a Lindoya, salí del cuerpo. Fui a parar a la puerta de una sala de aula. Las paredes, al igual que las del cuarto de reposo que había visto la última vez, también parecían de cristal. De modo que, del lado de fuera, pude observar a los alumnos perfectamente alineados en sus mesas y profundamente compenetrados en el estudio.

Me aproximé a la puerta. Nadie se volvió para ver quién era, tal era la atención con que estudiaban. Muy al contrario del comportamiento de los alumnos de la Tierra.

La profesora me vino a recibir. ¡Cuando la vi, quedé deslumbrada!

Aparentando unos cuarenta años, en su vestido gris azulado, del color de sus ojos, de porte muy elegante y maneras angelicales, parecía deslizarse en vez de andar pesadamente como nosotros. Conforme ella se aproximaba, rayos plateados y brillantes, irradiados de su cuerpo, se iban tornando cada vez más visibles: Me incliné respetuosamente.

Ella me habló: «¿Qué es lo que usted desea, por favor?». Yo, después de rehacerme del éxtasis, respondí: «Vine a ver a mi hijo».

Solamente entonces, Diógenes volvió la cabeza hacia mi lado y sonrió. La maestra respondió: «Infelizmente él no puede atenderla ahora. Está haciendo un curso intensivo de espiritualidad y va a tardar en salir de aquí. Es mejor que vuelva usted otro día».

Agradecí haciendo una nueva reverencia y al volverme para regresar, me enfrenté con dos señoras que estaban conversando. Una de ellas decía: «Los hijos sólo crean problemas en la vida de los padres. Desde que tuve a mi chico acabó mi libertad. Ya no puedo divertirme como antes. ¡Es una complicación!». Pidiendo permiso, entré en la conversación. Conté a aquella señora la prueba por la que estoy pasando. La expliqué que tal vez fuese el resultado de la irresponsabilidad mía como madre en otras encarnaciones. Exalté el valor y mérito de la maternidad. La dije de la felicidad que sentí, en los venturosos años en que me dediqué a mis adorados hijos que tan temprano partieron para la vida espiritual. La hablé por mucho tiempo, haciéndola comprender y compenetrarse del deber que tenía ante los hijos.

Después de terminar mi explicación, ella me dice: «Usted, señora, me hizo comprender el mérito de la maternidad. ¡Dejaré de ser voluble!». Comprendí que se trataba de una hermana encarnada y que yo fuera llamada para servirla de ejemplo, a fin de alertarla para que no venga a sufrir, en otra encarnación, lo que yo estoy sufriendo ahora.

EL AGRADECIMIENTO

25 de abril de 1969.

Hoy, en el «Centro Hermana Blanca», situado en Lindoya, viví momentos de gran emoción. Eran veinte horas y treinta minutos cuando tuvo su inicio la sesión. Un ambiente muy simple, con pocas personas, pero de óptima vibración.

Todos profundamente concentrados comprendían la responsabilidad del momento. Se iba a procesar el intercambio entre la Tierra y el Espacio, o sea, entre encarnados y desencarnados. Me sentía envolver por fluidos maravillosos. Presentía la presencia de mis hijos. Después de la apertura de los trabajos, doña Angélica Banterle, presidente del Centro, recibió el espíritu de mi Drausio.

Yo, que ya estaba sintiendo la presencia de él, al oír sus palabras a través de la médium no pude contener las lágrimas. Él habló maravillosamente para todas las madres allí presentes. Después, con el cariño que le era habitual, se dirigió a mí en un desbordamiento de gratitud por todo cuanto hice por él en esta última encarnación. Al eco de aquella voz amorosa y emocionada, ¡todos lloraron! Terminada la comunicación, me dirigió unos versos como ofrenda para el «Día de las Madres». Infelizmente no fueron tomadas anotaciones.

Me sentía triste al regresar a Sao Paulo por no haberme traído escrito su maravillosa ofrenda, a fin de enseñarla a mis familiares, aunque yo lo traía impregnado en mi alma.

El día 9 de mayo de 1969, cuando se hacía una manifestación de simpatía a las madres, en la «Casa Transitoria», de Sao Paulo, es que Drausio me homenajea nuevamente con sus versos.

Esta vez, gracias a Dios, fueron anotados. A pesar de su sencillez y tal vez de los errores, puesto que él nunca tuviera inclinación por la poesía, voy a transcribirlos al papel para conocimiento del lector.

«A MI MADRE»

¡Madrecita querida!
¡Madre del corazón!
¡Fuiste todo en mi vida!
¡Como el rosal al botón!

¡Madrecita querida!
¡Madre del corazón!
¡Me diste en tu vientre acogida!
¡Cumpliendo la ley de la reencarnación!

¡Madrecita querida!
¡Madre del corazón!
Me enseñaste por los caminos de la vida,

Amor, piedad y comprensión.

¡Madrecita querida!
¡Madre del corazón!
Pagué toda deuda,
Gracias a tu dedicación.

¡Madrecita querida!
¡Madre del corazón!
Mi alma ya no está herida.
Acepte mi devoción.

Del gran hogar de aquél
Diógenes y yo enviamos,
Para la Tierra todo el bien.
A aquéllos a quien amamos.

DRAUSIO

OBSERVACIÓN:

Lo más notable en estos versos es la frase «Madre del corazón». Era así como él me llamaba cuando estaba en la Tierra. Después de su pasaje ha dado muchas comunicaciones por intermedio de diversos médiums y hasta por mi intermedio y siempre pronuncia la frase: «Madre del corazón».

No es que yo precise de esa prueba para creer que era mi hijo quien hablaba, pero otras personas que le conocieron y que han asistido a sus comunicaciones notaron eso.

DIÓGENES AUXILIA

2 de mayo de 1969.

Aún me encuentro en Lindoya. Durante esta temporada aquí, fui agraciada con muchas bendiciones divinas. Hoy fue Diógenes quien nos ha traído la certeza de la continuidad de la vida. Asistíamos nuevamente a la sesión, mi esposo y yo, cuando doña Angélica Banterle, la presidente del «Centro espírita Hermana Blanca», recibió el espíritu de mi Diógenes. Esta vez fue mi esposo quien lloró. Él me dice que había sentido la presencia de nuestro hijo.

Diógenes habló, por intermedio de la médium, de cosas íntimas que tan sólo él sabía. Dijo, por ejemplo, que el nerviosismo que a veces sentía cuando estaba en la Tierra era debido a su don mediúmnico. Veía espíritus y todavía no se sabía controlar. Dice aún que en esas ocasiones, solamente le calmaban mis oraciones. Pura verdad. De vez en cuando, durante la noche, venía a mi cuarto a pedirme que orase por él. Entonces me decía: «Mamá, vamos a mi cuarto que ese hombre está otra vez allí. Él (el espíritu) anduvo por todo el cuarto haciendo bullicio y ahora está durmiendo en la cama de al lado. Lo peor, mamá, es que los ronquidos que da no me dejan dormir».

Yo me levantaba e iba a orar con Diógenes. Minutos después él dormía tranquilamente, gracias a Dios. Fue en una de esas ocasiones que la abuela Luisa, protectora de él, me envolvió y pidió que le dejase asistir a la sesión espírita que hacíamos en casa. Hasta allí, mi hijo aún no me había visto en trance. Aunque yo lo haya criado bajo la orientación espírita, no le encontraba aún con edad suficiente para comprender y seguir la doctrina. Considero el Espiritismo, además de religión, una ciencia muy grande y creo que el cerebro infantil no puede asimilarla. Pero desde ese día en adelante Diógenes asistió a todas nuestras sesiones, lo que le debe haber valido mucho tras el pasaje al plano espiritual.

Todo eso Diógenes nos lo refirió a través de doña Angélica Banterle. Fue una gran prueba para su padre, que sabía perfectamente que la médium no estaba al par de lo ocurrido. Tras la sesión, doña Angélica me contó, como si se estuviese penitenciando, el gran auxilio que venía recibiendo de Diógenes. Me contó que en el día anterior, teniendo necesidad de socorro espiritual pidiera a Drausio, pues desde que leyera el libro **Pérdida de Seres Queridos** se apegara a él y siempre consiguiera auxilio. Aunque habiendo pedido ayuda a Drausio, quien se la apareció fue Diógenes.

Por primera vez, entonces, pidió a mi pequeño diciéndole: «Diógenes, ya que fuiste tú el que vino, ayúdame, por favor. Preciso amparar este par de ancianos que han sido despojados de su pequeño cuarto. Y no tengo medios para ayudarles».

Conforme me contó, para su gran sorpresa, horas después de la solicitud, un corazón generoso amparaba a los viejecitos, por los cuales ella venía pidiendo hacía ya varios días. Quedó tan emocionada que se sintió en una gran falta por no haber tenido nunca depositada su confianza en Diógenes. Eso ella me lo explicaba como pidiéndome disculpas.

¡Que Dios te bendiga, Diógenes!

DRAUSIO AMPARA A CRISTINA

4 de mayo de 1969.

Me preparaba para partir de Lindoya, con el corazón rebosante de gratitud hacia Dios, por las manifestaciones espirituales recibidas, cuando fui llamada a presentarme al «Centro Espírita Hermana Blanca». Corrí para allí. Una nueva alegría me estaba reservada. Drausio se había comunicado por mediación de un médium que yo no conocía. No llegué a tiempo de escuchar la comunicación. Oí apenas el relato.

Me dijeron que él había pedido para que yo llevase unos versos para Cristina y que eran el resumen de su comunicación. Habló por mucho tiempo, pero como no había ningún familiar allí presente, resumió sus palabras en un pequeño verso. Dice que estaba pidiendo a Jesús para que Cristina encuentre el «joven amigo leal», que el prometió, en el primer mensaje que envió a través de Francisco Cándido Xavier.

Vea, lector, ¡que prueba extraordinaria!

Nadie allí sabía de mi lucha a favor de Drausio y Cristina, conforme narro en páginas anteriores. Y tampoco que ella ya estaba comprometida. Yo no conocía siquiera el médium. Dicen los incrédulos que esas comunicaciones no pasan de ser más que telepatía. Que el médium las recoge del cerebro de los parientes que asisten a la sesión.

Aquí la telepatía no intervino el ambiente era completamente extraño. Ni aún mis amigos estaban en el momento en que fue dada la comunicación.

La mayor prueba me estaba esperando en Sao Paulo. Al regresar, recibí la visita de Cristina. La conté lo de la comunicación de Drausio, prometiendo ampararla. ¡Ella quedó maravillada!

Dice que realmente Drausio la protegió. Como conté, páginas atrás, ella había conocido un muchacho de buena formación moral y religiosa.

De la manera que me habló al relatar el auxilio que recibiera, no conseguía lograr que el me gustase.

Rompieron las relaciones.

Días después el joven volvió. Comprendió que la amaba realmente. Cristina, con la familia reunida, pidió la protección de Jesús. Pidió, si fuese permitido, que Drausio diese un golpe en la lámpara. Según ella me contó, mientras oraban, oyeron la lámpara golpeada, conforme acontece en mi casa, cuando hablo con mis hijos.

Ella sintió que aquellos golpes eran la respuesta para que ella reanudase sus relaciones. Para comprobar el auxilio, la envió todavía un pequeño verso por intermedio de un médium completamente desconocido.

Vea lector, cuántas pruebas tenemos con la Doctrina Espírita.

Es lo bastante que se tenga «ojos para ver y oídos para oír».

¡Este es el verso!

«Cristina:

Pido a Dios de Bondad
para darte Libertad
para que encuentres un joven
que te adore como yo lo hice
y que tenga fe, luz y caridad.
Desde aquí, el Hogar del Infinito
Te envío recuerdos y mucha paz.
Y hasta la Eternidad...

DRAUSIO

Se ve por este verso que Drausio se despedía de Cristina, hasta el reencuentro en la Eternidad. El auxilio de él se concretó. Cristina se casó con el muchacho con quien mi hijo confirmó que debería reanudar el noviazgo, dando un golpe en la lámpara, atendiendo el ruego de ella.

VINIERON MATERIALIZADOS

11 de mayo de 1969.

Me encuentro en Santos.

Hoy es el día dedicado a las madres.

Confieso que los dos primeros años, en que pasé ese día sin mis hijos, sufrí mucho. Hoy, sin embargo, estoy tranquila. Y es que recibí una gran felicidad. Ellos me vinieron a visitar. ¡Fue maravilloso! ¡Por primera vez los vi materializados en pleno día!

Aquí, recogida en mi apartamento, lejos de parientes y amigos, no escuché ninguna alusión a la fecha de hoy. Hasta me había olvidado que era el día de las madres. Tal vez la autosugestión consciente que hiciera sobre mi misma, días antes, me hiciese olvidar la fecha.

Procuré imbuir en mi cerebro que ese día no es tan importante como se quiere hacer ver. Él fue creado por los hombres y no por Dios. Recordé que esa festividad fue creada por una americana que habiendo perdido a su madre, decidió en el año siguiente a la muerte de ella, rendir un homenaje a todas las madres del mundo.

Reunió a sus amigas el segundo domingo de mayo. Las que tenían aún a su madre viva, traían una flor encarnada en la solapa del vestido y las que no las tenían más en este mundo portaban una flor blanca.

Este hecho repercutió por casi toda América. Al año siguiente todos homenajeaban ya a su madre, fuese ella viva o muerta. Y la costumbre generalizada en América, se extendió por todo el mundo. Como podemos ver es ofrenda maravillosa, pero creada por los hombres.

Combatiendo mi sufrimiento, pensé también que no todas las mujeres del mundo tuvieron la felicidad de ser madres. Al paso que yo ya tuviera todas esas alegrías. Sería muy injusta reclamando ahora. Ya fui demasiado feliz.

Entonces me acordé de cuando Drausio era pequeñito y colocaba en el tocadiscos aquel disco dedicado a las madres, cantado por Joao Dias y Angela María. Fue para mí una agradable sorpresa el despertar por la mañana con la música, teniendo a mi lado a Drausio que lloraba emocionado.

Besándome me decía: «¡Felicidades mamá! ¡Dios te bendiga!».

¡Imagine, amigo lector, un niño bendiciendo a su madre! Me siento muy agradecida a Dios por las alegrías que ya me proporcionó con el cariño de mis hijos. Francamente, me encontraba con el pensamiento completamente desligado de esa festividad. Eso sí, estaba profundamente preocupada con un problema grave de salud. Me eché de lado en la cama para descansar mejor.

Aunque mi preocupación era grande en el momento, hice una oración de agradecimiento a Dios por todas las bendiciones que vengo recibiendo. Después pedí al Hermano de la Vida

Mayor, encargado de guiarme, que no me dejase resbalar por la senda de la vida, que me orientase en la ruta a seguir, teniendo siempre en cuenta mi evolución espiritual, aún que para eso, yo tuviese que sufrir mucho más.

Estaba completamente despierta, aunque en profunda concentración. Sentí unos fuertes fluidos en la cabeza y sin que yo lo esperase, Drausio surgió de atrás de mí materializado. Esto se dio por primera vez.

Me besó en el rostro y habló: «Su bendición, mamá. ¿Cómo está? Yo no podía dejar de venir hoy». Cuando intenté incorporarme para verle mejor sin conseguirlo, Diógenes surgió al otro lado de la cama, también materializado y habló: «¡Su bendición, mamá!».

La emoción me paralizó. ¡Quedé extática! ¡Petrificada...! Intenté hablar, pero no lo conseguí. Fue como cuando vi a la abuela Luisa el día del nacimiento de Diógenes y que ya narré en **Pérdida de Seres Queridos**.

Oré mentalmente: «¡Oh Jesús, Maestro Divino! ¡Déjame hablar con mis hijos! ¡Dame fuerzas para que yo no pierda esta gran oportunidad!» Pensaba preguntarles qué tal iban en la vida espiritual. Y con uno a cada lado de mi lecho, mirándome sonrientes, comencé a decirles: «¡Hijos de mi alma! Agradecemos a Dios por esta maravillosa oportunidad. Necesitamos tener mucha fe, confianza y paciencia para aprovechar al máximo esta prueba a la que hemos sido llamados a soportar. Es la mayor ocasión que se nos ha ofrecido para realizar nuestra elevación espiritual. La victoria está próxima. Depende de nuestra buena voluntad».

Como puede ver, lector amigo, hablé lo que no esperaba y jamás había pensado decir. Dije todo sin moverme, como si fuese una estatua. En aquel momento mi esposo entró impetuosamente en el cuarto y con el susto me desligué de ellos. Posiblemente fuese ya el momento de terminar la comunicación.

Me quedé entristecida y le dije: «En este momento cortaste, con tu entrada, la conversación que estaba teniendo con nuestros hijos. ¡Ellos estaban materializados!». Él no me dijo nada. Me dio la impresión de haber dudado de lo que le decía. Observe lector, lo infeliz que es él. Después de tantas pruebas todavía lucha con la duda.

¡Cómo habrán tenido que sufrir nuestros hijos! Ellos todavía estaban presentes, a pesar de yo, no verlos más. Pero la Tierra aún está repleta de incrédulos. Es por eso mismo que nos dice Cristo: «El mayor ciego es el que no quiere ver. Y el mayor sordo es el que no quiere oír». Hay personas que ni palpando las cosas espirituales, llegan a comprender.

Otros, aún sin ver nada, creen firmemente en la espiritualidad. Entonces, ¿debemos despreciar a los incrédulos? No. Son dignos de piedad. Demuestran poca evolución. No tienen propiamente la culpa. Son espíritus que tuvieron pocas encarnaciones o que no aprovecharon las oportunidades recibidas.

¡Que Dios se apiade de ellos! ¡Del fondo de mi corazón agradezco al Padre Celestial el gran regalo que recibí en el día de las madres!

EL CALZADO NUEVO

12 de mayo de 1969.

Habiendo sido cortada la comunicación con mis hijos, Diógenes, hoy, volvió nuevamente. Fue por la tarde. Me encontraba entre el sueño y la vigilia cuando se apareció mi hijo. Todo contento y sonriéndome me dijo: «Mamá, como no pude hablarle ayer, volví. Quiero que me oriente. Me gustaría adquirir un calzado nuevo. ¿Cómo debo hacer?».

Me acordé de cuando vi a Drausio en la escalera de casa, con un traje maravilloso cuyo color él nunca poseyera y le respondí: «Hijo mío, es tan fácil. ¿Tú ves la elegancia de Drausio? Él tiene "Bonus-hora" conseguidos con su esfuerzo y trabajo. Haz tú lo mismo, hijito. Trabaja mucho. Ayuda a los que están más necesitados que tú. Sólo así conseguirás todo lo que deseas».

Él me abrazó con una ancha sonrisa y habló: «Mamá, ¡usted es formidable!». Sólo entonces es que desperté completamente. Para aquellos que no conocen profundamente el espiritismo, esto parecerá una paradoja. ¡Un espíritu precisando de calzado! Naturalmente no se trata aquí de un zapato terreno, grosero, material, con suela y todo. Es algo espiritual que además de abrigar, permite al espíritu presentarse a nosotros como era en la Tierra.

Sabemos que cuando desencarnamos perdemos apenas el cuerpo material y nos constituimos desde entonces de periespíritu y alma. El periespíritu es el que conserva la forma carnal que teníamos en la Tierra.

Luego, al desprenderse del cuerpo, si el ser no tenía grandes conocimientos, si no obtuvo merecimientos o si al desencarnar de repente, como de accidente por ejemplo, él se siente materializado. Se palpa y siente su propio cuerpo. No cree que haya desencarnado.

Entonces, si existe un cuerpo, empero más fluídico, es natural que también ese cuerpo sienta necesidades semejantes al del cuerpo material. El espíritu, cuando está ya purificado completamente, pierde el periespíritu.

Entonces ahí también disminuyen sus necesidades. Pero, para que lleguemos a ese punto, tendremos todavía que pasar por muchas reencarnaciones. Después que desperté, tras la charla con Diógenes, vi en uno de los rincones de mi cuarto a Ademarcito. Él me enseñó un papel, pero no conseguí leer. Solo vi destacada la palabra «Papá».

Ademarcito estaba preocupado. Tuve la impresión de que él me quería avisar de algo que iba a ocurrir. Durante bastante tiempo estuve orando por Ademarcito y Diógenes.

OBSERVACIÓN:

Llegando a Sao Paulo, tomé conocimiento de que el padre de Ademarcito estaba viviendo un grave problema. Una prueba más de estas comunicaciones.

CON LOS COMPAÑEROS

16 de mayo de 1969.

Me siento profundamente agradecida al Señor de los Mundos. Nunca tuve tantas comunicaciones con mis hijos como durante este mes.

Tal vez Dios esté atendiendo los ruegos de mis compañeros y hermanos que sé que oran mucho por mí, principalmente cuando se conmemora «El día de las madres».

¡Que Dios les pague a todos!

Hoy vi a Drausio. Me encuentro en Santos.

Por la noche, enseguida que me acosté, me desprendí y fui a parar a mi residencia de Sao Paulo.

Escuché la voz de Drausio en el portalón.

Deducí que mi hijo estaba intentando orientar a alguien. Para escuchar mejor me asomé a la ventana.

Observé que Drausio estaba muy elegante en su traje azul brillante. Zapatos limpiísimos y cabellos muy bien peinados.

Con él se encontraban dos hermanos más. Uno tan bello y elegante como mi hijo.

El otro... ¡Oh, qué desolado! Triste, abatido, con el pelo desaliñado, parecía sufrir bastante.

Drausio intentaba animarle, diciéndole: Aquí era donde yo vivía. Si no fuese por la fe y la buena voluntad para trabajar, no me habría recuperado todavía.

Sólo trabajando y ayudando, es que nos rehacemos. Y hablando de eso, vámonos que ya es la hora de irnos.

Miró para la ventana, me saludó con la mano y se alejó con sus dos compañeros. Comprendí que iban a ayudar a alguien.

Que el espíritu desolado debía haber desencarnado hacía poco tiempo.

Que estaba aprendiendo a ayudar y a servir con Drausio y su compañero, para rehacerse más deprisa.

¡Que Dios te bendiga, Drausio!

LA OPERA

31 de mayo de 1969.

Para encerrar las valiosas comunicaciones que tuve con mis hijos durante este mes, viví hoy en el espacio, inolvidables momentos.

No encuentro palabras para iniciar mi narración.

¡Como es pequeño el vocabulario humano ante la grandiosidad de los fenómenos espíritas! Intentaré esbozar, en la pequeñez de mi lenguaje, los minutos de éxtasis por los que pasé: Eran las seis de la tarde. Me eché para descansar un poco. Súbitamente me desprendí y fui a situarme ante una puerta muy ancha, de forma oval, toda ella labrada en dibujos. Por encima de la puerta, con letras brillantes, estaba escrito: «Sala de música».

En el dintel de la puerta, pareciendo aguardar mi presencia, estaba mi hijo Drausio. Al verme, feliz como aquel que consigue una victoria, me agarró de la mano diciéndome: «¡Entre, mamá! ¡Venga a ver qué belleza!».

Entramos. Era un salón enorme.

Las paredes, entalladas en dibujos varios, en el mismo estilo de la puerta de entrada, presentaban aquí y allí sobresaliendo de los entallados, coloridos grabados de seres humanos, tan expresivos que parecían vivos.

Más tarde verifiqué que se trataba de imágenes de compositores en el mundo espiritual, entre los que pude reconocer algunos.

Colocados con arte, se veían instrumentos musicales. Solamente reconocí, o pensé haber reconocido, el piano de cola, el arpa y un magnífico violín.

Embobada con tanta belleza y envuelta en fluidos profundamente benéficos que me parecían estar irradiados de las propias paredes, sentí un bienestar inconmensurable.

No encontraba palabras que decir a Drausio. Y él percibiendo mi éxtasis me condujo con cariño hacia una butaca y me hizo sentar en ella, pareciéndome tan blanda y tan suave que me daba la impresión de estar flotando sobre un lecho de plumas.

Colocó en mi regazo un álbum de unos ochenta centímetros. También el álbum era de una belleza singular. La cubierta, huyendo a un determinado color, era como si fuese construida de un arco-iris. Escrito en altorrelieve, con letras doradas, pude leer: «La ópera».

Drausio, estimulándome, dice: «Abre, mamá, mira como estoy viviendo en un mundo mucho más adelantado que la Tierra».

Yo que hasta aquel momento no osara abrirlo, juzgándome indigna de tanto merecimiento, resolví atenderlo.

Justamente al volver la cubierta, estaba la fotografía de Mozart, justamente el compositor que mi hijo dibujó cuando contaba diez años de edad y estaba en el curso de admisión al bachiller. Eso el lector lo encontrará en **Pérdida de Seres Queridos**.

Cuando Drausio estaba en la Tierra, mamá me decía siempre que veía a Mozart a su lado. Realmente, desde esa tierna edad gustaba de la música. Al escuchar una orquesta por la radio, distinguía perfectamente el violín de los otros instrumentos. A los diez años tocó el violín en público, en la fiesta de fin de curso primario.

Mientras yo observaba el retrato de Mozart, coloreado en colores naturales del ser humano y que parecía realmente vivo, noté que los primeros acordes de una sinfonía se hicieron oír.

Volviendo la página, di con una pareja en trajes de novios, saliendo de un templo. Parecían vivos. Todas las imágenes que yo veía, parecían tener vida. No eran muertas como las fotografías terrenas.

Percibí que la ópera comenzara. No contuve la curiosidad y pregunté a mi hijo: «¿De dónde viene esa música maravillosa?». Él me respondió: «Del mismo álbum. A medida que las fotografías aparecen, la ópera acompaña la historia de la vida de la pareja en común. Mira cómo enseña el valor real de los sentimientos».

Continué hojeándolo. La pareja apareció en una casita de aspecto sencillo. Sentados a la mesa, tomaban algo, servidos por una sirvienta que era rudamente tratada por ellos.

Seguidamente la criada se alimentaba, pero no con los apetitosos alimentos que se veían en la mesa. Se notaba por la expresión de su rostro que sufría mucho.

Yo comprendía toda la historia sólo por la expresión de los personajes y por la música que acompañaba a sus movimientos, tornándoles todavía más vivos. Era lo mismo que un film.

En la página siguiente aparecieron con una parejita de hijos que eran semejantes a dos querubines. Dos ángeles celestiales, tal era la belleza de las criaturitas. Rubias, de ojos vivos y brillantes, con los cabellos cayendo por la frente en forma de anillos. Se percibía que no eran felices.

Los padres, impacientes los consideraban dos pesadas cargas que soportar. Los trataban a gritos y les sacudían.

Cuando percibían el error, aparecían entrando en el templo donde se casaron y de allí salían con las fisonomías tranquilas. No sé lo que hacían allí, pero tuve la impresión de que se juzgaban perdonados por las faltas cometidas por la sencilla razón de visitar ese lugar de oración, el cual no pude precisar a que doctrina pertenecía.

Después de estas páginas que mostraban la infancia de los niños, vinieron otras en las que se veía a la pareja en la vida social.

La mujer frívola, jugando a las cartas y bebiendo como si fuese un hombre, olvidando completamente sus deberes conyugales.

Cuando la conciencia la acusaba, iba nuevamente a visitar el templo.

El caballero, profundamente interesado en ganar dinero, no medía las consecuencias para alcanzar su objetivo. Hacía trapicheos tan bien hilvanados que pasaba por ser un hombre honrado.

El deber de la familia, para él, quedaba reducido apenas a la condición monetaria. Olvidó a la esposa, a los hijos y a todo lo demás. Sólo reparaba en la posición social.

Cuando los engaños eran muchos y la conciencia lo acusaba, allí iba, también, a visitar el templo y salía con la fisonomía serena. Eso le aumentaba el prestigio. Ante la sociedad era un hombre de fe. Sólo que la fe, tanto de él como de la esposa, era apenas aparente, exterior mismo. Nada hacían para mejorar. Después la familia apareció en una vivienda lujosa, sólo que estaba lejos de merecer el nombre de hogar.

Era una agrupación de personas, viviendo en la misma casa. Ya no tomaban las refecciones en conjunto y raramente se encontraban.

Los hijos, crecidos, tomaron cada cual su rumbo. El muchacho vivía en la orgía, cargado de vicios, y la jovencita daba vergüenza ver su comportamiento.

Los padres, ajenos a todo, sólo miraban su interés. Ella la diversión, el ganar dinero a cualquier precio.

Toda esta historia era presentada en el álbum siempre con las imágenes mucho más expresivas, acompañadas por la música, de modo que se percibía perfectamente los sentimientos de las personas.

Por ejemplo, en la hora del juego, del vicio, los acordes eran fuertes, perturbadores de verdad. En los momentos de arrepentimiento o de la salida del templo, se volvían melódicos y suaves.

Así vivieron hasta la vejez. Llegando el momento de partir para la vida espiritual, se percibía que estaban tranquilos. Encaraban la muerte sin gran desesperación. Como quien estuviese seguro de haber cumplido su deber en la Tierra, sólo por haber cumplido con las obligaciones religiosas frente a la sociedad.

Naturalmente creían que irían para un lugar de paz. Sin embargo, aparecieron al final del álbum con la fisonomía trastornada por un gran sufrimiento, encharcados en un barrizal de tonalidad oscura que juzgué fuese el Umbral, tantas veces citado en los libros espiritistas.

Quedaron presos a sus propios vicios. Cuanto tiempo permanecieron allí, es algo que no pude saber. Al volver al cuerpo, me sentía como si estuviese en el aire. Con una sensación que jamás sentí.

OBSERVACIÓN:

Sabemos que todas las religiones que se fundamentan en Dios son buenas, pero que mucho más que la práctica exterior, debemos procurar nuestra mejora íntima para no ser iguales a los fariseos citados por Jesús, que sólo se sabían lavar por fuera. Para tener la seguridad de que estamos en el camino acertado, es preciso que aprendamos a «amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos», tomando por guía el lema de Cristo «Fuera de

la Caridad no hay salvación», en el cual está basada la doctrina espírita, codificada por Allan Kardec.

DIFICULTAD DE TRABAJO

5 de junio de 1969.

Hoy soñé con Diógenes.

Tengo la certeza de que fue un trabajo mediúmnico, pues al despertar me acordé del sueño minuciosamente. Me pareció haber vivido, la escena.

Vi a mi adorado hijo andando en una planicie verde con pasos acelerados. El no me vio.

Siguiendo sus pasos, iba un grupo de jovencitas, guiadas por un espíritu de horripilante apariencia.

Ese hermano infeliz las incitaba a golpear a mi Diógenes. Ordenaba que ellas acelerasen el paso con el fin de alcanzarle.

Noté que no querían obedecerle. Que vacilaban en practicar el mal. De repente, se destacó entre ellas una de aspecto asustador, tan fea cuanto el que me pareció el jefe.

Era una mujer grande, grotesca, de apariencia horrible. Se asemejaba a un hombre. Ella dice: «Yo voy a cogerle. Le daré una lección». Aceleró el paso.

Me puse en oración. Pedí a Jesús, con toda mi fe, que defendiese a mi hijo, que enviase un Mensajero Divino para socorrerle, pues notaba que no me era dado a mí hacerlo.

Cuando la moza estaba casi a alcanzarle, es que viene a su encuentro una Mensajera. Parecía un Ángel Celeste, ¡tal la expresión de su rostro maravilloso! Era joven todavía, de rasgos muy bien definidos, porte elegante y andar ágil.

Sonriendo con bondad llamó: «Diógenes». Él corrió a su encuentro.

Me pareció ver, por la alegría que irradiaba de su semblante, que había encontrado alguien muy amigo.

Se recostaron en una enorme piedra y se pusieron a conversar animadamente. La mujer que lo seguía quedó sorprendida, mientras que las otras se reían estrepitosamente de ella.

Percibí que la infeliz (espíritu todavía atrasado) no tenía fuerzas para llegar hasta Diógenes.

Se volvió para el grupo que la observaba y habló:

«Yo espero. No tengo prisa. Cuando él se quede solo yo actuaré».

Desperté.

El lector, bien puede imaginar cual era mi preocupación. No había entendido bien el sueño. Tuve la impresión de que algo estaba equivocado con mi hijo.

Llegué a pensar hasta que él hubiese hecho alguna travesura.

Como siempre, comencé a irradiar oraciones. Pedí al Padre Celestial que diese fuerzas a Diógenes para amarlo por encima de todo. Que encontrando placer en ayudar al prójimo, pudiese elevarse cada vez más. Pedí todavía que los Amigos de la Vida Mayor le guiasen sustituyéndome junto a él.

Así, tres días después de este sueño, escuché la voz de Diógenes.

Fue por la mañana. Enseguida que desperté, comencé a orar por mi hijo, siempre en el sentido de ayudarlo. Repentinamente oí su voz.

Era como si él estuviese muy lejos, hablándome por teléfono. Entonces, fue que me dijo: «¡No se preocupe, mamá! Yo oro también por los otros hermanos, aquello que usted vio fue un trabajo. Puede quedar descansada, que ya se auxiliar».

¡Oh Señor! ¿Cómo podré, siendo un simple mortal, agradecerte por tan gran bendición recibida? ¡Siento el corazón en paz!

¡Vea, lector, qué maravilla!

Nuestros muertos continúan completamente vivos. Es como si viviesen en otra tierra. Como si estuviesen en otro Continente, por ejemplo.

Fue esta la impresión que tuve al escuchar a mi hijo. Y nosotros aquí quedamos llorándoles como si hubiesen desaparecido para siempre.

¡Cómo nos hacemos una idea equivocada de la muerte! Es por eso que el espírita la llama sencillamente de pasaje.

Ya Allan Kardec nos escribió, en su libro **El Cielo y el Infierno**: «El temor de la muerte disminuye en la medida que tenemos la certeza de la continuación de la vida».

Aún nos dice Allan Kardec que debemos ese temor a los cuadros esbozados por las diferentes religiones y que el espiritismo viene a quitarnos ese temor, gracias a las comunicaciones que tenemos con los espíritus que nos hablan de su vida en el espacio.

Pura verdad.

Aquí estoy yo, día a día, creyendo cada vez más en que la vida continua, con los contactos que tengo con mis hijos.

Después de haber escuchado la voz de Diógenes, me acordé de haber leído en los libros espíritas, algo sobre la dificultad que a veces tienen los Mensajeros cuando van a practicar la Caridad. Son casi siempre asediados por los espíritus infelices. Recordé la lectura de **Liberación**, obra psicografiada por Francisco Cándido Xavier, de la autoría de André Luiz.

Otro libro que me vino a la memoria, fue **Volví**, del espíritu del hermano Jacobo y también psicografiado por nuestro querido Chico. Me acordé de que Jacobo, que tanto deseaba la luz

interior, sólo la consiguió después de haber enfrentado, con amor y cariño, una turba de espíritus embusteros.

Jacobo, cuando estaba en la Tierra, conoció a Francisco Cándido Xavier, y tras su pasaje vino en espíritu a contarle acerca de su lucha en el Espacio.

Acredité, por tanto, que Diógenes estuviese trabajando con la bella Mensajera.

Lo más interesante que comprobé con este sueño fue lo relacionado sobre la belleza espiritual.

Cuanto más puro y elevado es el espíritu, más hermoso él es.

La belleza física desaparece con el cuerpo, permaneciendo en nosotros la belleza espiritual.

Esto podemos observarlo hasta aquí en la Tierra.

Cuántas personas hay que físicamente no son guapas, pero tienen tanta bondad, tantos sentimientos buenos, que consiguen irradiar simpatía y hasta una belleza extraña que nos atrae. No sabemos decir lo que encontramos bonito en ella.

Es la belleza espiritual que se exterioriza.

Por tanto, no hay mejor receta para conservar la belleza que la purificación interior. El día en que el ser humano comprenda esto y principalmente las mujeres, la belleza se generalizará.

REVISANDO LOS CUADERNOS

10 de junio de 1969.

Estuve tanto tiempo separada de mi Diógenes y ahora Dios, como para recompensarme, ha permitido que nos encontremos a menudo.

Esta vez soñé que lo ayudaba en sus lecciones. Había estado enfermo y poníamos los cuadernos al día.

Era así que lo hacíamos cuando se encontraban en la Tierra.

Siempre que enfermaban y quedaban privados de frecuentar las clases, yo iba a casa de algún compañero de clase a buscar las lecciones. Anotaba todo diariamente. Cuando recuperaban la salud, antes de que volvieran para el Colegio, yo les ayudaba a poner los cuadernos al día.

Cooperaba con mis hijos para que no encontrasen dificultades al retornar a las clases.

Así, en el sueño, yo estaba ayudando a Diógenes cuando cayó en mis manos un cuaderno que yo no conocía. Era diferente de los cuadernos usados en la Tierra. Muy abultado, tenía la cubierta formando artísticamente ladrillos coloridos.

Mientras Diógenes escribía, yo me puse a hojear tal cuaderno.

Estaba muy en orden, con una bonita caligrafía. Todo corregido en rojo, como hacen los profesores en la Tierra. Pude observar que la nota nueve, estaba también en rojo.

El cuaderno era dividido en dos partes. La segunda mitad contenía dibujos maravillosos. Detrás de cada dibujo venía la descripción de lo que representaba. En una de las páginas estaban dibujados un hombre y una mujer, formando ladrillos coloridos, muy bonitos. El diseño era sobresaliente. Atrás de esa página leí: «La evolución espiritual».

No pude contener la curiosidad y pregunté a mi hijo: «¿Dónde hiciste las lecciones que están en este cuaderno? ¡Nunca te vi estudiando estas cosas!».

Él, muy sorprendido, respondió: «¡Mamá, usted se olvidó de que estoy en la escuela espiritual!».

Fue entonces que me acordé de que él ya no estaba en la Tierra y en el mismo sueño le hablé: «¿Tú ves, hijo mío, cómo Dios es bueno? Me permitió ayudarte en las lecciones aún estando separados».

Me desperté.

Sentí que el sueño había sido un trabajo mediúmnico. Me recordé también de que Diógenes estuviera mucho tiempo en reposo y que naturalmente se atrasara en las lecciones.

Así, comprobé una vez más, que la vida espiritual es semejante a la terrena.

PRACTICANDO LO APRENDIDO

21 de julio de 1969.

Pasé casi toda la noche despierta, esclareciendo a espíritus infelices.

Esto sucede, algunas veces, cuando me dispongo a socorrer algún hermano que está bajo influencia de los obsesores.

Hoy, poco antes de las seis de la tarde, sintiéndome cansada, me eché para reposar un poco.

Así que cerré los párpados, me desprendí.

Me encontré en una calle andando aceleradamente, huyendo de un grupo de espíritus que procuraban atormentarme. Uno de ellos habló: «Es ella. Quiere que abandonemos al muchacho. Está perdiendo el tiempo».

Comencé a llorar con toda mi alma.

Divisé una columna y me coloqué detrás de ella. Casi enseguida oí a uno de ellos gritar, todo satisfecho:

«¡Ahí está el bar! ¡Vamos a beber primero!».

Se dirigieron hacia allí.

Me sentí aliviada. Percibí que estaba siendo auxiliada por los Hermanos de Luz.

Divise a Diógenes que venía corriendo a mi encuentro. El me dijo: « Venga mama. Ellos están distraídos. Ahora usted no les puede hablar. No comprenderían. Vamos a orar por ellos».

Abrazada a mi hijo, salí del escondite.

En la calle mientras andábamos, nos pusimos en oración.

Tal como hacíamos cuando él estaba en la Tierra e iba al Colegio a realizar los exámenes. Orábamos por el camino.

Diógenes me decía: «¡Observe mamá, como ya se poner en práctica aquello que aprendí en la "¡Escuela Espiritual!"

En vez de responderle, hablé, apretándole contre mi pecho: «¡Hijo mío, como siento la ausencia tuya y la de Drausio! ».

El apoyó la cabeza en mi hombro y me pareció oírle sollozar.

Ya reanimada, le dije: «Tú no puedes llorar, hijo. El desánimo tuyo se reflejará en mí. Es preciso que vosotros me ayudéis a soportar el resto de esta encarnación. Después, tengo la certeza de que el Padre Celestial nos reunirá de nuevo».

Él, procurando disfrazar la emoción, habló: «no estoy llorando mamá, usted sabe que soy valiente».

Regresé al cuerpo. Comprendí que los Amigos de la Vida Mayor apartaron a los hermanos infelices mientras Diógenes me amparaba.

Me acordé de haberlo visto también, en las mismas condiciones en que yo estaba, enfrentado por espíritus infelices, conforme cuento en páginas anteriores. Como vemos, los mismos malhechores de la Tierra, continúan siéndolo en la vida espiritual.

Aquí también, siuviésemos que enfrentar una banda de asesinos o ladrones, jamás nos darían tiempo de esclarecerlos encontrarían más fácil matarnos.

Así, cuando la fuerza contraria es muy grande, lo mejor que podemos hacer es orar.

Vendrán en nuestro socorro los espíritus iluminados que tendrán fuerzas para subyugarlos.

Que Jesús nos bendiga a todos, encarnados y desencarnados.

EL HOMENAJE A CHICO XAVIER

28 de junio de 1969.

Tuve la felicidad de participar de una de las fiestas más importantes para nosotros, los espiritistas, realizada hoy en Uberaba.

En sesión, que tuvo inicio a las 20 horas en el U.T.C., presidida por el doctor Homero Vieira de Freitas, la Cámara de Vereadores entregó el título de «Ciudadano Uberabense» a nuestro querido médium Francisco Cândido Xavier.

Nadie mejor que Chico merecía tal título. Ya sea por la asistencia espiritual que presta a los necesitados que aportan a Uberaba, ya por las obras de asistencia social de las que él es uno más de los compañeros.

Con la buena voluntad que lo caracteriza, nada más recibir el título pidió permiso para enviarlo a su tierra natal (Pedro Leopoldo), que allí estaba representada por el segundo alcalde de aquella ciudad. Nuestro Chico añadió aun que no merecía aquel honor y que el título pertenecía también a los uberabenses, que lo acogieran con tanto cariño, haciéndolo sentirse como en su propia tierra de nacimiento.

El «Uberaba Tennis Club», local donde se realizó la fiesta, estaba superlleno.

Vinieron personas de todas las partes de Brasil, participando de las fiestas en una gran vibración fraterna y amorosa, cuyos aplausos entusiastas hablaban en favor de sus sentimientos. Era nuestro querido Chico que estaba siendo homenajeado y el corazón de todos los amigos allí congregados vibró con él.

El concejal doctor Israel José da Silva fue el autor de la proposición que concedió a Chico el título de «Ciudadano Uberabense».

Hablaron diversos oradores, cada uno con más entusiasmo que el otro. Fue notable el discurso del Alcalde de Uberaba, doctor Joao Guido.

Las palabras del representante de la «Federación Espirita Brasileña», organización que congrega todas las entidades espíritas del país, doctor Antonio Soares, calaron hondo en nuestros corazones. Creo que jamás las olvidaré. Hombre culto, orador eminente y de una lealtad y sencillez a toda prueba.

En nombre de la Cámara de Concejales de Sao Paulo habló el doctor Freitas Nobre, exsegundo alcalde de la capital. Su discurso fue también maravilloso. Sao Paulo fue muy bien representada por él.

La Cámara Municipal de Ribeirao Preto, allí presente, se hizo representar por la palabra del concejal, señor José Papa. Saulo Gomes, con el desembarazo de siempre habló de improviso, representando a la prensa brasileña. Tuvimos también la suerte de escuchar la palabra amiga de doña María Filomena Aluetto Berutto, presidente de la Unión Espirita Minera.

En nombre de la «Alianza Municipal Espírita de Uberaba» habló el doctor Jarbas Leone Varanda, uno de los directores del periódico «Triángulo Espírita» que publicó el mensaje de Drausio, recibido por Francisco Cândido Xavier.

Antonio Badui, académico de Medicina, representó a la «Comunión Espírita Cristiana».

Estuvieron también presentes:

El señor José Goncalves Pereira, representando la «Federación Espírita de Sao Paulo».

El señor Eurípides de Castro representando a la «Liga Espírita de Sao Paulo».

La «Unión Espírita Brasileña» fue representada por el doctor Paulo de Carvalho.

Estuvieron también presentes representantes de numerosas delegaciones espíritas que no menciono, con recelo de olvidarme de alguna.

Como ve, lector amigo, fue una fiesta grandiosa que hice esbozar ligeramente para usted, que no pudo verla personalmente.

En esta fiesta tuve la honra de ser convidada por Haydée de Vasconcelos, para hablar en la televisión de Uberlandia.

Durante mi conferencia mencioné lo relacionado con los golpes dados por mis hijos en la lámpara, que muchas personas ya escucharon, aun no siendo espíritas.

Al regresar al hotel, así que me acosté, comencé a escuchar golpes en el espejo. Sentí la influencia de hermanos infelices.

Me puse a conversar mentalmente con ellos, haciéndoles comprender sus errores.

Sabía que no se trataba de mis hijos, pues ellos solamente acuden tras la lectura evangélica y para dar pruebas. Después, ellos no vendrían a perturbar mi reposo.

Tras largo tiempo de oraciones y esclarecimientos, durante el cual los infelices continuaban golpeando, escuché a uno de ellos hablar así: «No adelanta insistir, da lo mismo. Ella está viéndonos. No podemos engañarla. Vámonos de aquí».

El ruido cesó y adormecí tranquilamente.

Recuerde, lector amigo, el por qué Jesús nos aconsejó «orar y vigilar».

SEGUNDO MENSAJE

5 de julio de 1969.

Me encuentro nuevamente en la «Comunión Espírita Cristiana» de Uberaba cuando nuestro querido Chico recibió el segundo mensaje de mi hijo Drausio.

Fue una gran Dádiva Celeste que recibí al conmemorar el tercer aniversario del pasaje de ellos.

Como siempre, Francisco Cándido Xavier continúa dando pruebas en las psicografías con las que nos ofrenda su amistad.

Ya en el inicio Drausio me llama «Madre del corazón», la misma frase dada por doña Angélica, de Lindoya, para la cual llamé la atención de los lectores en las páginas anteriores. Es preciso que esclarezca aquí, que al recibir ese mensaje, nuestro querido Chico aún no estaba al tanto de las comunicaciones con mis hijos que dieron motivo a este libro.

Las pruebas que tuve fueron muchas.

A pesar de haber ya publicado en **Pérdida de seres queridos** un mensaje de Diógenes, recibido por la médium María Santos Silva, dama de nuestra sociedad, digna de toda confianza, me gustaría recibir un mensaje de Diógenes, por medio de Chico Xavier.

Así, sentada allí en la mesa, yo vibraba con todas las fuerzas de mi alma para que, si fuese permitido por Dios, viniese Diógenes a traernos un mensaje.

Nadie conocía mi petición.

Quien vino fue Drausio. Respondiendo a mi apelo escribió por la mediumnidad de Chico Xavier: «Usted, mamá, espera por Diógenes, pero como sabe, él está por un período de readaptaciones en el Centro Educacional donde usted le visitó».

Me recordé entonces, de cuando salí del cuerpo y fui a reunirme con él en una sala de estudio donde, según la profesora espiritual, él estaba haciendo un «Curso Intensivo de Espiritualidad» y no podía hablar conmigo en el momento. Naturalmente, Diógenes se encontraba allí en aquel instante.

El lector debe haber leído eso.

Observen la frase: «Todavía soy aquel compañero que le habla».

En una de las comunicaciones que narro en **Pérdida de seres queridos**, yo ya señalaba la impresión que yo sentía de que Drausio fuera mi padre en otra encarnación, debido a que el timbre de su voz, siendo grave, daba la sensación de pertenecer a una persona mayor, a la vez que siendo mi hijo en la encarnación presente, era también mi consejero eficiente.

Él me dice que están en una «Morada próxima a la Tierra».

Posiblemente estén en una de las dependencias de «Nuestro Hogar», pues en muchas comunicaciones cité esa morada. Tenía la impresión de que residían allí mismo. Es de resaltar también la humildad de él. Cualidad común de los espíritus esclarecidos. No desea que me refiera «a méritos que no tenemos».

¡Que yo no tenga!, acredito. ¡Pero, él! Quien leyó el mensaje dado después de tres meses y medio de su desencarnación, creo que pensará como yo.

Dice que nuestros encuentros son concedidos por la misericordia de Dios. Realmente él tenía mucha fe en el Padre Celestial y en los Amigos de la Vida Mayor, cuando estaba aquí, en la Tierra.

Dice que estoy recibiendo nuevas clases en el «Instituto de enseñanza Espiritual». Realmente, cuando hablo en público raramente menciono lo que estudio en los libros.

Las palabras me salen del fondo del corazón y a veces digo cosas que jamás pensé decir.

Menciona también el apoyo que su padre nos da para que «plantemos la verdad, plantando la esperanza». De hecho, mi esposo me acompaña a todas las partes, con muy buen voluntad. Esto le ha dado fuerzas para soportar tan gran prueba.

Otro punto digno de ser tenido en cuenta es el nombre de doña Angélica, por intermedio de la cual recibimos muchas pruebas que él confirma en su mensaje. La mayor de esas pruebas es la lucha que está manteniendo para la liberación de Cristina, que narro en las páginas anteriores.

Observen también la filosofía de él sobre el amor. Solamente un espíritu muy adelantado espiritualmente, emitiría tal concepto.

MENSAJE DE DRAUSIO

«Madre del corazón».

«Dios nos bendiga y nos sustente, al mismo tiempo que pido a su cariño y al amor de mi padre para que me bendigan.

»Usted, mamaíta, espera por Diógenes; sin embargo, todavía soy aquel compañero que la habla, a través de la escritura.

»Ambos somos sus hijos y sé que su ternura es igual para nosotros dos.

»Ocurre, sin embargo, que nuestro Diógenes, como usted ya sabe, viene pasando por una serie de experiencias y readaptaciones en el colegio que usted ya ha visitado, fuera del cuerpo físico, en nuestra compañía. La escuela espiritual que nos enseña concordia y fraternidad.

»No se sorprenda. Estamos en plano fronterizo inmediato a la Tierra. Se puede decir que es una continuación del mundo material.

»Todo, mamaíta, tiene su precio. Todo en el terreno del bien exige siembra del bien. De ese modo, el progreso en el campo de la cultura obedece a los mismos principios.

»Sus hijos no moran lejos. Estamos tan cerca que puedo afirmar "siempre juntos". Estamos acompañando sus pasos en la nueva fase emprendida. El tiempo nuevo que la desencarnación nos abrió.

»Hable, sí. Hable de la vida que no muere, del amor que no se extingue. Explique a los que lloran que no hay lágrimas sin consuelo. Mas cuando nos expresemos en torno de esas verdades, no nos refiramos, mamaíta, a méritos que no tenemos todavía.

»Remitámonos a la misericordia de Dios que nos ampara. Es por la misericordia del cielo que nos reencontramos. Por eso, no nos olvidemos de semejante aclaración.

»Existen madres que se desesperan por los hijos, aparentemente perdidos en los remolinos de la muerte, e hijos que se desesperan por la madre que la muerte arrebató del nido familiar. Nos rodea tanto dolor que sería egoísmo descansar distanciados del inmenso valle de tinieblas en las que nuestros hermanos se debaten.

Usted viene recibiendo nuevas lecciones. Son clases sencillas de nuestra escuela, humilde escuela el instituto de enseñanza donde sus hijos se recuperan.

»Como sabe, estamos todavía unidos los tres: Diógenes, nuestro Misionero y yo. No podía ser de otra manera.

»Entre tanto, los lazos de índole familiar crean luchas enormes que nuestro amigo Carlos, solamente poco a poco, podrá ir superando. Ayúdelo siempre con sus oraciones y pensamientos.

»Con respecto a papaíto, nuestro compañero fiel de todas las horas, no diga que él es no creyente. Él sabe positivamente que somos eternos y nunca se hizo a la idea de nuestra

separación para siempre. Lo que hay en él, mamáita, es dolor, dolor profundo. Sufrimiento que el hombre no siempre consigue la debida fuerza para alejarlo. Mi padre es nuestro amigo, nuestro héroe de todos los días y la veo a usted como una flor de luz, vinculada a la presencia de él, como si en él encontrásemos el tronco protector para entretener nuestro nido. Basta que él nos de apoyo con el fin de plantar la verdad, plantando la esperanza, y nos habrá dado lo mejor.

»En Lindoya estuvimos cooperando para restaurarle las energías y con el auxilio de nuestra Hermana Angélica mucho fue obtenido en favor nuestro. Cuando sea posible vuelvan allí. Junto a las aguas tranquilas recuperará totalmente la salud, conforme esperamos.

»Cuanto a lo demás, querida mamáita, auxiliemos a nuestra Cristina para la necesaria liberación. Para mí, la novia de ayer es la hermana de hoy, casi una hija, por la ternura con que recibo de ella los dulces recuerdos. Cristina es joven, muy joven aún, y un hogar será para ella un santuario de paz. Ella será siempre ella misma.

»Las celos serían ahora una sombra, o mejor dicho, son siempre una sombra.

»Los lazos en la Tierra son como los frascos, diferentes en la forma, sin embargo, el amor erigiéndose como el perfume de la vida, es el mismo en cualquier parte. Aquí aprendemos que todos estamos ínter ligados ante Dios y sólo se expresa en la vida el verdadero amor cuando hacemos con nuestro amor la felicidad de los corazones que amamos.

»Amar es darse. Darse en la comprensión, en el servicio, en la alegría, en la paz. Estoy, mamáita, más feliz hoy, que entiendo mejor semejante asunto.

»Y ahora, paro aquí.

»La noche es bella. Las oraciones me parecen estrellas y la palabra del Evangelio me alcanza el corazón, por ser música de la verdad que Cristo nos dio.

»Me despido así, contento y agradecido.

»No nos separaremos unos de los otros. Estaré con usted, mamá de mi corazón, y mi querido papá en el Hogar Mayor, cuya entrada sublime tiene el nombre de Caridad. Auxiliando al prójimo, caminaremos para la felicidad eterna con las Bendiciones de Dios.

»Hasta luego, padres queridos.

»Con nosotros y con todos nuestros compañeros de fe el amparo de la Bondad Divina.

»Reciban el abrazo muy cariñoso del hijo siempre agradecido,

DRAUSIO»

Mensaje recibido por el médium Francisco Cándido Xavier, en reunión pública de la Comunión Espírita Cristiana, en la noche de 5 de julio de 1969 en Uberaba, Minas Gerais (Brasil).

OBSERVACIÓN:

Confirmando este segundo mensaje que Drausio nos envió, recibí carta del hermano Amor Fayad, residente en Formosa, Goiás (Estado de Brasil). Él es autor del libro **El tercer milenio**.

El hermano, a quien no conozco, estuvo con los espíritus de mis hijos y recibió de Drausio estas palabras:

«Mamá, fue voluntad del Padre que, desde aquí del planalto, yo pudiese enviarle nuevo mensaje».

BENDITA SEAS

A la distinguida hermana doña Zilda
Giunchetti Rosin

Llora, querida. Tu fe te salva.
La mañana surge, nuevamente.
Contempla el sol, contempla el alba
Y deja la luz besarte, alegremente.

Tu amor tiene aroma de malva
Y te recuerda al hijo amado, ausente.
Madre que eres, bendita seas. Fría y calva,
la muerte mata el cuerpo, solamente.

El dolor que hiere el corazón sensible
Burila el ser, aunque parezca increíble,
Y le revela rumbos luminosos.

En el porvenir gozarás la luz de Dios
Y tendrás, junto a ti, a los hijos tuyos
En mundos diferentes, más dichosos.

AICOR FAYAD

Formosa-GO-20/02/70

VISITANDO FAMILIARES

14 de julio de 1969.

Papá nos visitó hoy.

Al amanecer, salí del cuerpo y fui a la residencia de mamá. Ella permanece en la misma casa en que vivía con papá. Yo sabía que había ido hasta allí, para nuevamente ver a mi papá.

Llegué hasta el patio trasero. Allí en el fondo vi a mamá, Nena, tía Geni y Elenita, mi prima. Ellas conversaban animadamente. No me aproximé.

Quedé de ojos fijos en el jardín, como si estuviese aguardando la llegada de mi querido padre.

Repentinamente escuché barullo en el portón. Era él que llegaba acompañado de un amigo.

Corrí para abrazarlo. Papá estaba muy bien, fuerte, elegante y vistoso como era a los cincuenta años. Percibí, sin embargo, que estaba contrariado.

Al tiempo que le besaba le rogué: «¡Su bendición, papá! Que Dios nos permita siempre su visita».

Él también me besó y habló: «Que así sea, hija. Vinimos en una caravana en visita a los parientes».

Cogiéndome de la mano me llevó a un rincón del patio, dándome a entender que estuviese queriendo hablarme en secreto.

Entonces, le pregunté: «¿Qué ocurre, papá?»

Él me habló bajito: «Hija, ¡cómo tardamos en deshacernos de nuestras imperfecciones! ¿Te acuerdas de la poca paciencia que yo tenía cuando dirigía el automóvil? Tenía siempre prisa por llegar. Ahora, cuando veníamos para aquí, el instructor me dio el coche para que le condujera yo. Estaba cometiendo una de mis antiguas imprudencias cuando él me advirtió. Quedé avergonzado».

Yo le respondí: «Papá, el instructor le corrigió para su propio bien. Ellos sólo desean nuestra evolución. No hay motivos para que usted esté avergonzado. Vea como Dios es bueno. Permitió que viniese a ver a la familia y, además, acompañado por un amigo.

Sólo, entonces, levanté los ojos para ver quién era el tal amigo.

¡Jesús, qué sorpresa! Era mi querido padrino al que yo no veía desde que partió para la vida espiritual. En esa época yo contaba apenas diecisiete años. A pesar de quererlo mucho, nunca más lo vi. Ni aun en sueños.

Quedé profundamente emocionada. Corrí hacia él gritando: «¡Padrino!»

Él me recogió en sus brazos diciendo también con gran emoción: «¡Zilda querida!»

El reencuentro me conmovió tanto que regresé al cuerpo.

Como el lector puede ver, nunca debemos perder la esperanza de reencontrarnos con nuestros seres queridos que partieron para la vida espiritual.

¡Tantos años se pasaron para que yo volviese a ver a mi querido padrino!

Con todo, durante ese espacio de tiempo, jamás dejé de orar por él.

Otra cosa que noté es que nuestras amistades continúan en el espacio.

Papá y mi padrino eran tan amigos que parecían hermanos. Hoy están juntos nuevamente.

Esta comunicación me hizo recordar el libro **Y la vida continúa**, de André Luiz, psicografiado por Francisco Cándido Xavier.

En ese libro, André Luiz nos habla de un vehículo que transportara a la Tierra diversos espíritus en visita a sus familiares.

Agradezco al Padre Celestial por esta oportunidad más que tuve de comprobar la verdad que nos dicen los libros espíritas.

ENCAMINANDO A LOS DESESPERADOS

23 de julio de 1969.

Piense que todas las personas que perdieron a sus hijos y llegan hasta mí, son conducidas por Drausio y Diógenes.

Algunas veces, sin esperarlo, escucho los golpes en la lámpara, ya citada aquí.

Minutos después llama a mi puerta alguna madre o algún padre desesperado.

En otras ocasiones oigo la voz de ellos avisándome de la visita. Hoy, por ejemplo, eso ha ocurrido. Fue así.

Me encuentro en Santos.

Por la tarde, mientras oraba, oí la voz de Drausio.

Él me dice: «Mamá, estoy encaminando para aquí a doña Dinah. Ella está pasando por una prueba. Leyó su libro y quedó muy admirada con su fe y coraje».

Yo le respondí mentalmente: «No, hijo, no soy tan valiente como creen, sufro con nostalgias de vosotros y muchas veces lloro por vuestra ausencia».

Él me volvió a hablar: «Mamá, piense que Diógenes y yo podíamos haber quedado en la Tierra y perdernos moralmente. En vez de citarnos ahora como ejemplo, usted podía estar llorando hasta el fin de su vida terrena».

Su voz se calló. Inmediatamente fui a contar a Ana, mi asistente, la comunicación que tuviera.

Minutos más tarde tocaron el timbre de la puerta. Era un matrimonio de Pelotas, ciudad situada en el estado de Río Grande del Sur, que venía en mi búsqueda.

Habían perdido una hija y, según me dijeron, encontraron consuelo en mi libro. No los conocía. Jamás podría imaginar que viniesen a buscarme en Santos.

Antes de cualquier presentación, pregunté a la señora: «Por favor, ¿cuál es su nombre?»

Ella me respondió: «Dinah».

Era el matrimonio Dinah y Palmor Carapecos a quienes Drausio encaminara hasta aquí, para que tomasen coraje con mi experiencia.

Realmente, gracias al Padre Celestial, confesaron que iban a regresar a Pelotas más resignados.

Gracias os doy, ¡oh Padre Celestial!, por permitirme hacer de este dolor mío un consuelo y amparo para mi prójimo.

DIÓGENES NOS VISITA

5 de agosto de 1969.

Hoy hace tres años y un mes que mis hijos desencarnaron.

Una vez más fui agraciada por la Misericordia Divina.

Estuve con Diógenes.

Me encuentro en Santos.

Eran las seis de la tarde cuando me acosté para reposar un poco, antes de cenar, aprovechando el tiempo para orar por mis hijos.

Nada más iniciar la oración me desprendí.

Me veía dormitando en la cama entre las sábanas y al mismo tiempo andando por el cuarto, observando los muebles y todos los objetos que me rodeaban.

Noté que la colcha sobre la cama no era la misma del día anterior. Entonces, fuera del cuerpo, pensé:

«Cuando vuelva a mi "cuerpo físico" he de comprobar si, realmente, Ana, mi asistenta, colocó esta colcha en la cama».

Después me pregunté a mí misma: «¿Qué estaré haciendo fuera del cuerpo, andando por el cuarto sin objeto alguno?».

Volví a mirar para la cama, y al lado de mi yo material, que continuaba durmiendo, vi a Diógenes.

Toda feliz me arrojé sobre él, preguntando: «¿Qué estás haciendo aquí, mi querido hijo?».

Él también, sonriendo, respondió: «Hoy es nuestro aniversario y tuve permiso para quedarme un poco con usted, mamá».

Después de besarlo, nos pusimos a conversar.

Hablamos mucho, pero no me recuerdo de toda nuestra charla.

Apenas me acuerdo de haberle dicho: «Diógenes, no te olvides de orar conforme yo te enseñé en la Tierra. Pide a Dios que dé permiso a la abuela Luisa, tu protectora, para sustituirme junto a ti».

Él me preguntó: «Mamá, ¿ella ya era mi guía cuando yo estaba en la Tierra?».

Le respondí que sí. Le hice recordarse de cuando la abuela Luisa me envolvió, diciendo ser la protectora de él, conforme ya narré en **Pérdida de seres queridos**.

Después le dije: «Hijo, ahora vete. Es necesario obedecer a los superiores. Tú siempre fuiste muy obediente».

Él porfirio: «¡Oh, mamá! Deje que yo me quede un poquito más. Un instante solamente».

Le tomé las manos, y besándoselas le dije: «Procura hacer lo que mamá te enseñó. Así que yo deje la Tierra, no nos separaremos más».

Él cerró los ojos y me pareció que se había dormido.

Aproveché el momento para orar.

Dice a Jesús: «¡Maestro Divino! Ampara a mis hijos. Dales fuerzas para que puedan soportar esta separación y, sobre todo, que sean conducidos para la elevación espiritual».

Volví al cuerpo.

La primera cosa que noté fue que la colcha realmente había sido cambiada. Tuve así la certeza de que nada se modifica cuando vemos apenas con los ojos espirituales.

Al salir de mis aposentos tropecé con Ana, que estaba buscándome para contarme que había visto a Diógenes.

Me encontraba relatando a ella esta comunicación cuando llegó mi esposo y escuchando lo que hablábamos sobre nuestro hijo, dice: «Hoy es el día de Diógenes. Fui a descansar un poco ahora, esta tarde, y soñé con él».

Como ve, lector, nosotros tres comprobamos la presencia de él en nuestro hogar, casi en el mismo instante.

Gracias os doy, Señor de los Mundos, por todas las bendiciones de estas comunicaciones.

EL MAHOMETANO

14 de agosto de 1969.

Con la gracia de Dios continuo teniendo pruebas de las comunicaciones que mantengo con mis hijos, por intermedio de otros hermanos.

En la madrugada de hoy, me vi en una sala, sentada junto a una mesa, teniendo a Diógenes a mi lado.

Repasábamos las lecciones, tal como lo hacíamos cuando ellos estaban en la Tierra.

Estudiábamos las operaciones decimales.

A nuestro lado, sentado en el suelo, estaba un niño de dos años o poco más. Vestido con una camisola, hacía gestos como los mahometanos en oración.

A cierta altura de las explicaciones que yo daba a Diógenes, le pregunté: «¿Si colocamos ceros a la izquierda de un número decimal, qué es lo que ocurre?»

El niño, que parecía que estaba orando, respondió: «Altera el valor».

Muy admirada por ver que un niño respondía acertadamente, le respondí: «¡Cómo!, ¡Tú, tan pequeñito, ya sabes, estas cosas!».

El niño me contestó: «¿Usted no sabe que soy un espíritu?».

Yo dije aún: «¡Es verdad! ¡Tú aprendiste en otras encarnaciones!».

Regresé al cuerpo.

Pienso que aquel espíritu se presentó con la edad con que desencarnó la última vez que estuvo en la Tierra, pero que era ya un espíritu bien maduro.

OBSERVACIÓN:

Días después de esta comunicación recibí una carta desde Guanabara, Río de Janeiro, en la cual la señora Bárbara Almeida, que perdió también a su único hijo y a la que trato de auxiliar por correspondencia, me decía haber recibido ayuda de Diógenes. En la ocasión en que la auxiliara, mi hijo se encontraba con un niño que ella creyó ser mahometano, por las maneras en que él oraba. Esta es una confirmación más de las comunicaciones que a mí me ayudan a soportar tan grande prueba.

Que Jesús, nuestro Maestro Divino, pueda dar conformidad a todos los corazones sufridores, especialmente a los que perdieron, momentáneamente, sus seres queridos.

EL AGUA FLUIDIFICADA

1 de septiembre de 1969.

Me encuentro en Uberaba.

Hoy recibí un gran auxilio de los Amigos de la Vida Mayor y de mi hijo Drausio.

Me proponía regresar a Sao Paulo y dirigir el automóvil hasta allí, puesto que mi esposo se encontraba bajo el ataque de una fuerte gripe, pensaba que no podría hacerlo. De madrugada desperté, sintiendo un gran malestar.

Preocupada con la responsabilidad que tenía en dirigir el coche y no pudiendo retrasar el viaje, rogué a Jesús y a los Mensajeros Divinos para que me auxiliasen.

Mientras oraba, oí una voz que decía: «¡Es mi mamá quien está llamando!».

Inmediatamente me puse en oraciones de agradecimiento por haber escuchado la voz de uno de mis hijos.

No sabía cuál de los dos hablara.

Pedí la protección divina para ambos.

Mientras hablaba con el Maestro Divino, con gran gratitud, oí nuevamente: «Quien está hablando es Drausio, mamá».

En un transporte de amor y reconocimiento, continué en oración. Después de algunos instantes sentí que el malestar que me venía acompañando desapareciera.

Entonces, oí otra vez: «Y ahora, hasta luego, mamá querida. Necesito irme. Me están llamando».

Adormecí más tranquila.

Por la mañana narré a mi esposo lo que me sucediera. Él me apunta: «¿No vas a beber tu agua?»

Tengo por costumbre colocar, al lado de mi cama, un vaso con agua que después tomé en ayunas. Pido a los Amigos de la Vida Mayor para fluidificarla, en caso de que yo lo merezca.

Al coger el vaso, cuál no sería mi sorpresa.

El agua estaba tan fluida que parecía gasificada.

Bebí: Pasé el día maravillosamente bien, olvidando hasta lo que había sufrido durante la madrugada.

Gracias os doy, ¡oh Padre Celestial!, por la bendición que recibo, reencontrando a mis hijos y aun recibiendo la protección de ellos.

EL EJEMPLO

16 de septiembre de 1969.

Si Drausio estuviese en la Tierra, haría 27 años.

Estuve con él en la Escuela Espiritual.

Durante la madrugada me desprendí y fui a encontrarme en una sala de aula. Allí vi, sentados, teniendo una mesa ante ellos, a diversos muchachos.

Me encontraba ante ellos, teniendo a mi lado a mi hijo Drausio.

Les hablé con entusiasmo sobre el pasado escolar de mi hijo. De cuando él estudiaba y de todos los premios que ganó en el colegio, inclusive del apodo que le pusieran: «Mosca Blanca», tal fue el éxito que tuviera en el Colegio Mackenzie.

Mi hijo apenas sonreía, estaba serio como el día en que recibió el diploma del Bachillerato y que fue llamado a la tribuna cuatro veces para recibir los premios: «Medalla de Oro, Librero Francisco Alves», teniendo derecho a un descuento del treinta por ciento en la compra de los libros que precisase hasta completar el curso superior; medalla de la Colmena Paulista, por haber sido el mejor alumno del año, del IV centenario de la ciudad de Sao Paulo y medalla de deporte y gimnasia.

Percibí que Drausio se sentía avergonzado en vez de orgulloso, lo que venía a demostrar su característica humildad.

En tanto que los compañeros le cumplimentaban, volví al cuerpo, feliz por ver que el esfuerzo de mi hijo en la vida terrena, sirve hoy de ejemplo y estímulo a los hermanos del Plano Espiritual.

ORAR Y VIGILAR

12 de noviembre de 1969.

Me encuentro en Santos.

Hoy estuve en trabajo espiritual, lo que vino plenamente a confirmar el «Orar y Vigilar» de nuestro Divino Maestro a las palabras de Kardec cuando nos recomienda a «discernir la verdad de la impostura».

Estaba avanzada la noche cuando me recogí en el lecho. Me mantuve en oración por largo tiempo, ya que el sueño no llegaba. Sentí vibraciones de hermanos menos felices y procuré ayudarles con oraciones y pensamientos esclarecidos.

De repente me desprendí y fui hasta un pequeño recinto donde se encontraba Drausio, ante un espejo, dando los últimos retoques a su atuendo. Abotonaba la chaqueta de su traje gris, muy elegante. Se encontraba de espaldas.

Feliz, pues, hace varios días que vengo suplicando, para poder volver a ver nuevamente a mis hijos, pensé: «¡Hasta que, por fin, vuelvo a ver a Drausio!».

Él se volvió hacia mí.

¡Oh, qué decepción! Su fisonomía y sus aptitudes eran completamente diferentes. No esbozó, siquiera, un gesto de cariño. Ni la palabra «mamá» él pronunció.

Instintivamente coloqué las manos sobre su cabeza y comencé a orar, tal como hacía cuando ellos estaban en la Tierra. Pedí para que las Fuerzas Superiores alejasen de él a los espíritus no esclarecidos y que lo librasen de los embustes. Imploré protección a su espíritu. Que fuese cada vez más elucidado para continuar trabajando en el camino del bien, siendo un servidor fiel del Señor y muchos otros favores rogué al Padre Celestial para que le fuesen concedidos.

En la medida que yo oraba, divisaba espíritus sufridores alrededor.

Después incluso, no creyendo tratarse de mi hijo, hablé: «¡Qué pena! No veo a Diógenes».

Alguien se asomó a la entrada de la puerta y habló: «Estoy aquí».

Era un muchacho alto, muy parecido con Diógenes cuando ya era éste mocito. Entonces pensé: «No podían encontrar otro más parecido, pero mi pequeño sólo se presenta como niño y éste es mucho mayor que él».

A pesar de la certeza de que yo estaba siendo víctima de un fraude, di la sensación de no percibirlo y continué hablando: «Hijos queridos, qué necesidad tengo de vosotros. Me siento profundamente sola después de que partieron».

El que se hacía pasar por Drausio comenzó a hablar. Era un lenguaje difícil. Frases incomprensibles. Apenas entendí esto: «Cuántos aún estarán en la Tierra ensuciándola con sus actos innobles».

Pensé: «Esta no es la manera de hablar de Drausio». A pesar de muy instruido, él no era sofisticado. Era simple y explícito en sus expresiones.

Con todo, continué hablando: «Por lo menos esta alegría yo tengo, vosotros dejasteis un gran ejemplo y mucho amor en la Tierra».

El que hacía pasar por Diógenes habló: «Gracias a usted, señora».

Yo le respondí: «Gracias a Dios y a los Buenos Espíritus que siempre nos ayudaron y continúan amparándonos».

Observé que, también, como el que se hacía pasar por Drausio, este no me llamara de mamá y no manifestara el menor cariño hacia mí.

Con uno a cada lado y los espíritus infelices observándonos, nos dirigimos a la puerta de salida.

Regresé a mi cuerpo.

Mi primer pensamiento fue: «A pesar de ser embusteros, no son malos. Tal vez me quisiesen consolar y los protectores lo permitieron para que yo dejase de pedir por el reencuentro con mis hijos. Se que no debo hacerlo, porque eso les perjudica y aún lo hago».

La lección me sirvió de mucho.

Voy a intentar sofocar las nostalgias en el corazón y dejar a mis adorados Drausio y Diógenes trabajar en paz.

Esperaré hasta que la Voluntad de Dios permita reencontrarnos.

Ese encuentro forzado y disfrazado no me trajo la paz.

Por el contrario, me desconcertó, aumentando aún más las añoranzas de ellos.

Como puede observar, lector, los reencuentros que vengo teniendo con mis hijos son, con el permiso de Dios, obras de los Amigos de la Vida Mayor.

No dependen de mi voluntad, ni por una sola vez.

¡Loado sea por ello el Padre Celestial!

LA CIUDAD FLUORESCENTE

13 de febrero de 1970.

Ayer por la tarde me encontraba en oración cuando surgió enfrente de mí una paloma, sosteniendo un papel abierto en el pico.

Observé que en él estaban escritos versos y entre flores coloridas leí la palabra: «Invitación». Sólo esta madrugada constaté que estaba siendo invitada a hacer una visita en el espacio en compañía de mi Diógenes.

Eran más o menos las cinco de la madrugada cuando me desprendí y fui hasta un caserón viejo donde vi muchos espíritus reunidos. Eran viejos, mozos, niños, blancos, negros, siendo todos humildes.

Sentí por ellos un gran amor.

Los besé uno a uno con todo cariño.

Todos me pedían que volviese luego, mientras yo salía con mi hijo.

Fuera, entramos en un coche de cristal, poco mayor que el automóvil de la Tierra.

Diógenes habló: «Mamá, vamos a visitar una Ciudad Espiritual Fluorescente».

Él puso el coche en marcha y vi que descendíamos una calle casi vertical y llena de salientes.

Me quedé muy asustada y le dije: «Nosotros no vamos a conseguir bajar en este coche, hijo mío. ¡Es peligroso!».

El, riéndose, respondió: «No tenga miedo, mamá. La fuerza de la gravedad aquí es diferente de la de la Tierra».

Confieso que incluso así me sentí llena de pavor.

A medida que el coche bajaba, yo rezaba, pidiendo a Jesús que no nos dejase despeñar en el precipicio.

Para tranquilidad mía, llegamos a tal ciudad.

Las calles eran muy estrechas y aún estaban para ser aplanadas.

Diógenes me cedió la dirección del coche, insistiendo para que yo condujese.

Miré aquellas callejuelas, más estrechas que las de nuestra Bahía y le dije: «No conseguiré volver el coche aquí, hijo».

El me dio coraje: «Vamos mamá, no tenga miedo».

Comencé entonces a conducir y noté que era fácil mover la dirección. No encontré ninguna dificultad.

Me puse a observar los lugares por donde pasábamos había casas de vivienda nuevas, bonitas y ajardinadas.

Algunos edificios con anuncios y rótulos que decían lo que estaba instalado allí. Conseguí leer apenas dos: Uno era «Gobernación», y el otro «Invitación al Estudio».

En el dintel de la puerta de este último estaba un señor, de fisonomía serena, bondadosa y de apariencia muy responsable.

El dice: «¡Muy bien! La señora lo consiguió».

Agradecí la felicitación, pero la preocupación aún no me dejaba.

Ahora yo decía a mi hijo que no iríamos a salir de allí con mucha facilidad. No veía la salida y las calles no mejoraban.

Diógenes, siempre afirmando que saldríamos, procuraba llamarme la atención hacia las construcciones y el esfuerzo que realizaron para construir la pequeña ciudad, que servía de refugio a los espíritus que comenzaban a evolucionar.

Entonces, él me dice: «Vea mamá, cómo se trabaja aquí. Es difícil el progreso. Demanda mucha firmeza y buena voluntad del espíritu».

De repente, divisé un enorme puente que pasaba sobre un río, que en vez de agua se constituía de nubes.

Triunfalmente, Diógenes habló: «¿No dije que saldríamos? ¡Mire!».

Noté entonces que sobre el ancho puente pasaban muchos vehículos que iban a desembocar en una gran avenida.

Me puse muy alegre.

Besé a mi hijo, que me dice: «Vamos, querida mamá».

Regresé al cuerpo.

Percibí que la invitación de la paloma se refería a esa visita y que en el Caserón estaban abrigados los espíritus que aguardaban la orden para ir a habitar la «Ciudad Fluorescente».

PASCUA

29 de marzo de 1970

Hoy se conmemora la Pascua.

Me encuentro muy pensativa, recordando los días felices que pasé en la Tierra en compañía de mis hijos cuando, una vez más, fui a estar con ellos.

Eran las seis de la tarde.

Me encontraba en oración al salir del cuerpo.

Me vi en una sala amplia donde observé una ventana enorme con las vidrieras cerradas.

Atravesando los cristales, Drausio corrió sonriendo hasta mis brazos.

Al abrazarle, hablé: «¡Hijo! ¡Qué alegría! Siento tanto tu presencia que llego a sentir el perfume de tus cabellos».

Él me besó y yo le dije:

«¿Vamos a orar, hijo? Agradecemos a Dios esta bendición».

Oramos juntos el «Padrenuestro».

Después él, muy alegre, atrayéndome junto a la ventana me decía: «Ven, conmigo mamá». Y pasaba con la mayor facilidad de un lado para el otro del vidrio.

Yo le respondí: «No puedo, hijo. Aún estoy presa a mi cuerpo en la Tierra. Mire».

Le enseñé mi cuerpo que estaba en el lecho y que él veía perfectamente.

Él insistió: «Inténtelo, mamá».

Viendo que yo no tenía valor, dice: «Entonces, hasta luego, mamá querida».

Pasó a través del vidrio y salió volitando.

Cuando me volví para el otro lado de dentro del cuarto me encontré con Diógenes.

Más alegre todavía quedé.

Le abracé y lo besé mucho.

Y como si supiese que disponíamos de pocos minutos le dije: ¿Vamos a orar también, hijo mío?

Juntos dijimos tres veces:

«Nuestra Señora, cúbreme con tu manto, si estoy bien cubierto, no tendré miedo ni pavor».
«Dios por delante, el Padre nos guía. Soy recomendado de Dios y de Santa María».

Era con esas palabras que terminábamos las oraciones antes de que ellos se fuesen al Colegio.

Después de orar con Diógenes me volví hacia la ventana, a fin de ver, una vez más, a Drausio.

En vez de mi hijo, vi el Cielo, muy azul y brillante, destacándose nubes blancas como la nieve, de entre las cuales surgió una protectora.

Ella cantaba un himno y yo oía claramente la palabra «Aleluya».

Vi que alguien a mi lado cantaba también, acompañando a la protectora.

Era mi madre que aún estaba en la Tierra. De repente mamá silenció.

Yo le dije: «Continúe, por favor. Sólo usted cantando es que puedo escuchar la voz de la protectora».

Mamá pesarosa habló: «No conozco más la letra».

Mamá, que era oyente, acostumbraba a cantar en la sesión espírita, acompañando las voces que oye en el espacio. Eran cánticos maravillosos, cuyas letras nunca escuché.

Cuando yo me volvía al cuerpo, encontré el espíritu de mi hermana Nena.

Como ya ocurrió en diversas ocasiones, le conté todo lo que había pasado.

Me sentí perfectamente feliz.

La nostalgia fuera amenizada y la gratitud hacia el Padre Celestial aumentó en mi corazón.

LECTOR

A usted, que me dio el honor de leer este libro, le doy mis expresivas gracias.

A usted, que me ha amparado con sus cartas, probando que mi historia llegó a todos los rincones de Brasil y de otros varios países, mi eterna gratitud.

Y, a usted, lector amigo, cuyas vibraciones fraternas recibo por las oraciones que hace al Señor de los Mundos, en favor de mis hijos y en mi mismo favor: «Que Dios se lo pague».

LA AUTORA

EDUCANDARIO DE LUZ

Nadie se reconocería fuera de la paciencia y del amor que Jesús nos legó, si todos frecuentásemos la universidad de beneficencia, cuyos Institutos de Orientación funcionan, casi siempre, en las áreas de la retaguardia. Ahí, en los recintos de la penuria, las lecciones son administradas en vivo, a través de aulas innumerables de sufrimiento.

Tanto cuanto puedas y, más demoradamente en los días de aflicción, cuando todo te parezca invitación al desánimo, procura experiencia y comprensión en esa escuela bendita, basada en necesidades y lágrimas.

Si contratiempos te hieren en los asuntos humanos, visita a los hermanos enfermos, segregados en el hospital, a fin de que puedas aprender a valorizar la salud que te permite trabajar y renovar la esperanza.

Cuando te atormente el hambre de éxito en los temas afectivos y la ventura del corazón se te figure tardía, toma contacto con aquellos compañeros que habitan en cuevas abandonadas, y a quien la soledad se le hizo el plato de cada día.

Ante las dificultades en la profesión con que el mundo te honra la existencia, consagra algunos minutos a escuchar los testimonios de los padres de familia, entregados a la desesperación por la escasez de recursos para la propia subsistencia.

Y, si experimentas sinsabores, frente a los hijos que te enriquecen el alma de esperanza y cariño, cara a las tribulaciones que les graban la vida, observa aquellos otros pequeños que caminan en las sendas del mundo, sin protección de padre o madre que los amparen, arrojados a la noche de la criminalidad y de la ignorancia. Matricúlate en la escuela de la caridad y conservarás la fuerza de la paciencia.

Enriquece de cultura las dotes que te adornan la personalidad y realiza en la Tierra los nobles ideales afectivos que te pueblan los pensamientos; sin embargo, si quieres que la felicidad venga a morar efectivamente contigo, auxilia igualmente a construir la felicidad de los otros.

Nuestro encuentro con aquellos que sufren dificultades y pruebas mayores que las nuestras, será siempre, en cualquier lugar, nuestro más bello y más duradero encuentro con Dios.

EMMANUEL

(Página recibida por el médium Francisco Cándido Xavier, en reunión pública de la Comunión Espirita Cristiana, en la noche de 27-6-69, en Uberaba, Minas.)

Después que salió la primera edición de este libro (en portugués), tuve pocos encuentros con mis hijos, quedando incluso separada en el desprendimiento, de Drausio, durante dos años, y de Diógenes, durante diez meses. Durante ese tiempo envolvieron médiums de lugares diversos y desconocidos míos, a través de los cuales me enviaron mensajes y todos ellos coincidían. Lancé «Ellos Viven» con los nombres y direcciones de las personas que comprobaron la verdad.

LA AUTORA